

# Los ríos del paraíso<sup>1</sup>

JUAN GIL

Universidad de Sevilla (España)

Catedrático de Filología Latina

---

RESUMO: Em este artigo se analiza como a expansão europeia, desde su inicio, exerceu uma grande influencia sobre a busca e localização do Paraíso Terreal, e vice-versa, como a natureza das terras novamente descobertas polos europeios nos séculos XV e XVI foi vista e interpretada a través da tradição da Bíblia e dos autores clássicos.

PALAVRAS-CHAVE: Paraíso, Tradição da Bíblia, Tradição Clássica, Expansão europeia.

---

Y salía de Edén un río para regar el huerto, y de allí se repartía en cuatro ramales. El nombre del uno era Pisón: éste es el que cerca toda la tierra de Havilah, donde hay oro; y el oro de aquella tierra es bueno; hay allí también bdelio y piedra cornerina. El nombre del segundo río es Gihón: éste es el que rodea toda la tierra de Etiopía. Y el nombre del tercer río es Hiddekel: éste es el que va delante de Asiria. Y el cuarto río es el Eufrates (Gen. 2, 10-14, traducción de Cipriano de Valera).

Así dice la Biblia. Desentrañar el sentido de cada una de estas palabras ha ejercitado el ingenio de todos los exegetas que en el mundo han sido, cazadores incansables de arcanos y alegorías<sup>2</sup>. Atendiendo a los ríos, y prescindiendo del profundo simbolismo del agua, sólo el número cuatro ha dado pábulo abundante a interpretaciones esotéricas de muy variado pelaje. Unas veces se ha querido ver en ellos las cuatro virtudes cardinales (prudencia, templanza, fortaleza y justicia)<sup>3</sup>; otras, atendiendo incluso a una imposible etimología griega, se los ha considerado figuras de los evangelistas: Geón, 'terreno' (de γῆ), simbolizaría a Mateo; Tigris ('la flecha'), 'velocidad', a Marcos; Eufrates, 'fertilidad', a Lucas y Fisón, 'inspiración' (de φῦσιν), a Juan<sup>4</sup>. Por fin, otros comentaristas, de manera más racional, se han fijado sólo en tres ríos, que según ellos representarían a las tres razas bíblicas: el Eufrates a Sem, el Tigris a Jafet y el Nilo a Cam<sup>5</sup>.

No vamos aquí a ocuparnos de estas y otras etéreas sutilezas que ya han sido tratadas por otros autores con más criterio que yo (pienso sobre todo en A. Graf, J. G. Frazer y H. R. Patch). Reclama nuestra atención un tema más pegado al suelo, pero no menos apasionante: el supuesto emplazamiento de estos cuatro ríos y, sobre todo,

la paulatina sustitución de su emplazamiento con el paso del tiempo: hemos de ver cómo sus fuentes fueron cambiando al compás de los conocimientos más precisos del mundo que iban deparando los nuevos descubrimientos geográficos. Para no desmayar en un empeño demasiado ambicioso, pongo el s. XVII como límite temporal un tanto elástico a mi pesquisa.

## 1. El emplazamiento de los cuatro ríos en la Antigüedad

Dos de los ríos (Eufrates y Tigris) estaban claramente localizados en Mesopotamia. Aunque quedaban por identificar los otros dos, había una piedra de toque que hacía fácil, casi de cajón, su reconocimiento: por fuerza sus aguas debían tener cualidades especialísimas<sup>6</sup>. Por ejemplo, dado que una fragancia divina envuelve el Paraíso –el Edén judeo-cristiano, a diferencia de los Campos Elisios griegos, despiden un fortísimo aroma, tan penetrante que impregna de su olor las regiones vecinas<sup>7</sup>–, es de todo punto inevitable que sus ríos también huelan dulcísimamente<sup>8</sup>. De la misma manera, aunque se hallen ya a gran distancia de su fuente original, han de conservar las cualidades medicinales propias de su origen<sup>9</sup>; y así sucesivamente.

No supone por tanto una sorpresa que Geón y Fisón fueran identificados con los dos grandes ríos sagrados que conoció la Antigüedad: el Geón con el Nilo y el Fisón primero probablemente con el Indo<sup>10</sup> y después con el Ganges, del que tuvo ya vagas noticias Ctesias. La razón es obvia. Apenas hay río que pueda presentar mejores credenciales para proceder del Paraíso que el Nilo<sup>11</sup>, y lo mismo cabe decir del no menos venerable Ganges. Un poeta tan teñido de orientalismo como Virgilio menciona al Nilo y al Ganges emparejados<sup>12</sup>, emparejamiento que se perpetuó a través de los siglos: a juicio de dos italianos del s. XVI, C. Friderici<sup>13</sup> y J. L. Anania<sup>14</sup>, el agua del Ganges es tan excelente como la del Nilo, otra asociación de ideas bien significativa. Pero el establecimiento de esta tetrarquía fluvial parece datar de época también antigua, al menos del s. I a.C.: según Diodoro Sículo<sup>15</sup>, después del Nilo y del Ganges los ríos más importantes de casi toda Asia eran precisamente el Eufrates y el Tigris, los mismos que no por azar entronizó por encima de todos la exegesis bíblica.

Salta a la vista –y esto es lo que interesa a nuestro objeto– que la localización exacta del Fisón data de época helenística. Tampoco cabe duda de que esta conclusión es fruto de la experiencia o, si se quiere, secuela inesperada de la expansión griega. La equiparación del Fisón con el Ganges sólo es concebible después de que las campañas de Alejandro hubiesen abierto la India y permitido la comparación entre el Nilo y los ríos hindúes; el macedonio llegó a establecer incluso la identidad del Nilo y del Indo por la chocante semejanza de la fauna (cocodrilos) y de la flora (loto)<sup>16</sup>. El conocimiento real del Ganges se alcanzó un poco más tarde con la embajada de Megástenes a la corte de Chandragupta: entonces el Ganges suplantó al Indo. La expansión europea, en definitiva, sirvió para aclarar enigmas de la Biblia y adquirió de esta suerte un

inesperado tinte religioso gracias a la reinterpretación religiosa de la tierra descubierta por parte de judíos y cristianos, que creían saber dónde se hallaba el Paraíso e incluso dónde se ocultaban las hordas inmundas que habrían de seguir al Anticristo en las postrimerías del Siglo.

Esta exegesis, convertida en punto menos que canónica, tuvo múltiples defensores: entre los judíos baste citar a Josefo<sup>17</sup> y entre los cristianos a un sinfín de padres de la Iglesia, tanto siríacos (Efrén, Jacobo de Edesa y Agapio de Manbig) como griegos y latinos<sup>18</sup>. Más tarde, al producirse la simbiosis entre religión y ciencia, la palabra de la Biblia fue tomada como dogma de fe incluso en cuestiones científicas. El primer tratado geográfico que dio cabida en sus escuetas páginas a los ríos del Paraíso fue la *Expositio totius mundi et gentium* (s. IV), que en la fabulosa tierra de los camarinos, situada al Oriente e identificada con el Edén, emplazó un río inmenso del que salían cuatro brazos (*Geon, Phison, Tigris et Euphrates*)<sup>19</sup>.

La extrema distancia a que se encontraban estos cuatro ríos y sus fuentes respectivas no arredró a los comentaristas bíblicos. Durante mucho tiempo se creyó a pie juntillas que el Nilo nacía al otro lado del Océano Índico, esto es, en las montañas de la India, de donde también fluía el Ganges y a donde tal vez se podría alargar el nacimiento del Tigris y el Eufrates; por tanto, se pudo mantener a lo largo de los siglos la ficción de una fuente común. E incluso cuando se averiguó que el curso del Nilo no sobrepasaba los límites de África cabía otra explicación para conciliar lo irreconciliable. El origen del Tigris estaba envuelto en la oscuridad: según unos, emergía de una gruta (llamada a veces la “Caverna de la Oscuridad”), según otros, se sumía de repente en tierra<sup>20</sup>. Era fácil a partir de ahí extender por analogía ese subterfugio y dotar de un misterioso curso subterráneo a los demás ríos, sobre todo cuando nadie sabía a ciencia cierta dónde brotaban el Nilo y el Ganges y se podía jugar con su curso. A mediados del s. II d.C., si no antes, circulaba ya la extravagante tradición, conocida por algunos autores paganos<sup>21</sup>, de que el Eufrates, en vez de desembocar en el mar, se sumergía para reaparecer en Egipto, donde mezclaba sus aguas con el Nilo. No precisaba de más apoyo la fe berroqueña de los primeros cristianos para creer cualquier explicación, por disparatada que fuese, que ensamblase el fluir del Nilo y del Ganges con el de los otros dos ríos canónicos. San Juan Crisóstomo<sup>22</sup> y San Agustín<sup>23</sup> dieron su aprobación a la teoría de que los ríos del Paraíso, al abandonar el Edén, corrían largo tiempo bajo tierra, hasta salir de nuevo a la superficie por su cauce conocido. Este fluir subterráneo tiene otra ventaja más: como señalan explícitamente los padres de la Iglesia<sup>24</sup>, es una de las razones que veda al hombre el acceso al Edén.

## 2. Las tradiciones del Medievo

A lo largo de la Edad Media cristiana, desde San Isidoro<sup>25</sup> hasta Santo Tomás<sup>26</sup>, nadie discutió seriamente la idea de que el Paraíso se encontrase en el fin de Oriente.

Allí lo sitúan dos famosos relatos míticos que refieren la búsqueda del Edén, relatos en los que los cuatro ríos, curiosamente, apenas desempeñan función alguna. A Oriente caminaron los monjes Teófilo, Sergio e Higino, deseosos de alcanzar el lugar donde la tierra se unía con el cielo, aunque su afanoso bregar sólo los condujera a veinte millas del Paraíso<sup>27</sup>. A Oriente/Poniente navegó San Brandán en busca de la isla de promisión de los santos, sin lograr tampoco alcanzar el Edén, pues lo detuvo el gran río que partía la isla en dos. En Oriente, en consecuencia, representaron el Paraíso las *mapamundís*, desde la que acompaña al *Comentario al Apocalipsis* de Beato hasta las grandes cartas de Ebstorf y Hereford, con la única variante de asignarle un cercado cuadrangular o circular, según las modas, y normalmente distribuyendo la red fluvial en cruz, como para señalar los cuatro puntos cardinales. Durante esos siglos casi nadie puso en duda que los dos ríos paradisíacos de identificación dudosa, el Geón y el Fisón, fuesen respectivamente el Nilo y el Ganges<sup>28</sup>. La red fluvial del Edén, sin embargo, recibió en ese lapso de tiempo algunos retoques y embellecimientos, entre ellos los dos siguientes:

a) Una tradición recogida por Bartolomé Anglico<sup>29</sup> y que remonta al apócrifo viaje de Alejandro Magno al Paraíso cuenta que, desde la cima del monte altísimo<sup>30</sup> donde está situado el Edén, se precipita el agua en cascada, formando un lago en su falda y produciendo tan gran estrépito, que los ribereños nacen sordos. La sordera de los hombres producida por un fragor horrrisono proviene de una conocida leyenda, la de los catadupos que viven al lado de las cataratas del Nilo y que nada pueden oír atronados por el estruendo de la caída del agua<sup>31</sup>: evidentemente, se extrapola y generaliza al lago del Paraíso lo que es exclusivo de uno de sus ríos. Juan de Marignolli<sup>32</sup> conoce también este lago pero discrepa en cuanto a su origen, identificándolo con el “que llaman los filósofos Enfitrite” (i.e., Anfítrite, el Océano); el agua del Edén, sigue diciendo, después de caer en el Océano, entra en un agua espesa –es decir, no se junta con ella– y sale al otro lado, dividiéndose en los cuatro ríos que atraviesan Ceilán; luego el Paraíso se encuentra allende el Océano que circunda la tierra.

b) En la famosa carta del Preste Juan al emperador Manuel, una superchería forjada en el s. XII en el Levante católico, se dice que por uno de los 72 reinos del emperador sacerdote, colmados de todas las bendiciones del mundo, corría un río llamado Idono que salía del Paraíso, en el que se encontraban toda suerte de piedras preciosas y una hierba, llamada asidio, que expulsaba a los demonios;<sup>33</sup> y que también, a tres días de distancia del Paraíso, había una fuente maravillosa que cambiaba de sabor cada hora y que tenía la virtud incalculable de preservar de toda enfermedad al hombre que bebiese tres veces de ella en ayunas, y aún de mantenerlo perpetuamente en la edad de 30 años, la edad perfecta (la edad a la que Jesús había comenzado a predicar y en la que había de resucitar la Humanidad en el Juicio Final): la fuente de la que había de beber el gran falsario Juan de Mandeville al pie de la gran montaña Palombe<sup>34</sup>. Otros dieron al río que regaba la tierra del Preste Juan el nombre más lógico de Fisón<sup>35</sup>: el Ganges cuadraba mejor a la India.

Con los nuevos conquistadores vino una nueva geografía. Mientras la Cristiandad se contraía y achicaba, la vertiginosa expansión del Islam introdujo dos variantes en la localización de los ríos del Paraíso<sup>36</sup>. En fecha temprana, pero imprecisa<sup>37</sup>, el Syr Darya (*Sayhun*) fue identificado con el Fisón y el Amu Darya (*Yayhun*) con el Geón. Esta doctrina, que se convirtió en canónica entre los musulmanes<sup>38</sup>, no afectó para nada a los cristianos. Sólo algún viajero aislado se hizo eco de ella. Así, fray Odorico de Pordenone calificó al Amu Darya como “río de las Delicias”<sup>39</sup>, y Ruy González de Clavijo, al ver el Syr Darya, anotó: “éste es el terçero río que sale del Paraíso, e es tan ancho commo una legua”<sup>40</sup>, confundiendo, como Ibn Battuta, el Pyramus (*Sayhan*) de Cilicia con el Syr Darya (*Sayhun*). En el s. XVI un escritorista español, Pablo de Palacio, devolvió para asombro de muchos el rango paradisíaco al Yayhun.

Las Cruzadas pusieron a la Cristiandad occidental en contacto directo con el Nilo, sobre todo cuando la estrategia bélica aconsejó atacar a Egipto por Damiat (1169, 1218, 1249, campañas las tres de resultados desastrosos). Las crónicas de entonces se deshicieron en elogios del río maravilloso. Según Joinville<sup>41</sup>, el cronista oficial de San Luis, el Nilo arrastraba en sus aguas jengibre, ruibarbo, áloes y canela, sustancias preciosas que el viento abatía, como hojarasca seca, de los árboles del Paraíso; son las mismas sustancias exóticas que encontrarán o crearán encontrar después en el río todos los viajeros posteriores<sup>42</sup>.

### 3. La era de los grandes viajeros medievales

También en el s. XIII la amenaza de los mongoles obligó a los europeos a hollar tierras que jamás habían pisado antes. A principios de 1253, a la vuelta de su viaje a Karakorum, pasó por Erzurum el franciscano Guillermo de Rubruc<sup>43</sup>. La fuente del Eufrates (identificado con el Kara-Su)<sup>44</sup> se hallaba cercana, y el fraile sintió vivos deseos de visitarla, mas se lo impidió el mal tiempo. Es la primera vez que, sin decirlo claramente, se expresa la tentación, frustrada, de asomarse al misterio del Paraíso. Unos setenta años después visitó Erzurum otro franciscano, Odorico de Pordenone<sup>45</sup>, y de nuevo en su relación salió a relucir el recuerdo del Edén, quizá fomentado por la oficiosidad orgullosa de los guías armenios locales. También Ruy González de Clavijo, al llegar a Erzincan, apuntó que la ciudad estaba asentada a la ribera del Eufrates, que “es uno de los ríos que salen de Paraíso”<sup>46</sup>. Como se ve, recorrer Armenia proporcionaba al viajero muchas emociones.

A finales del s. XIII la inmensa China empezó a ser frecuentada por los mercaderes y los frailes europeos. De haber durado más tiempo la misión franciscana en el Celeste Imperio, quizá se hubiera modificado algo la geografía paradisíaca: grandes ríos no faltaban y China es siempre China. De cualquier modo, ya un fraile seráfico, Juan de Marignolli, enviado como embajador al Gran Kan en 1338, se permitió introducir sustanciales innovaciones en la localización y trazado del Paraíso. Éste le quedaba

enfrente de Ceilán, más allá del Océano, en la cumbre del monte más alto de la Tierra, tan elevado que tocaba el globo de la luna<sup>47</sup>; pero el segundo río del Edén, el Fisón, no era ya el Ganges –un río desconocido para el franciscano–, sino el Karamoran, “Agua negra” (el Huang-ho), “el mayor río de agua dulce del mundo”, que antes de llegar a Kaffa (Crimea) se sumergía en la arena y volvía a la superficie para formar el mar de Bakú, esto es, el mar Caspio<sup>48</sup>. “Yo lo crucé”, añadió el religioso para corroborar su aserto, sin avergonzarse de llevar descaradamente agua a su molino.

#### 4. Los arcanos de la cabecera del Nilo

Antes de proseguir conviene prestar atención al halo mágico que rodeaba a los ríos del Edén, y muy especialmente al Nilo, que sedujo con sus secretos, celosamente guardados por la Naturaleza<sup>49</sup>, a infinidad de sabios y escritores. La Antigüedad conoció varios intentos de explorar el río, cuyos resultados quedaron reflejados en los tratados geográficos y las mapamundis medievales: en todos ellos el Nilo nace en las Montañas de la Luna (τὸ τῆς Σελήνης ὄρος, la sierra Ruwenzori), como había indicado Ptolemeo<sup>50</sup>. Ello es buena prueba de la fidelidad con que se transmitieron las noticias. Ahora bien, estos viajes reales fueron acoplados a los viajes fabulosos en búsqueda del Paraíso tan queridos por la literatura cristiana. Es el momento de dar un ejemplo, creo que desconocido, de cómo se perpetuaron a través de los siglos, aunque deformadas y adaptadas a las modas del momento, las informaciones que sobre este río procuró la Antigüedad.

Nerón, gran aficionado a las curiosidades escatológicas –como que intentó llegar, emulando a Alejandro, a las Puertas Caspias<sup>51</sup>–, despachó a dos centuriones a investigar la fuente del Nilo. Los militares narraron al filósofo Séneca<sup>52</sup> que, después de cubrir un largo camino, se toparon con unos pantanos inmensos (el *sudd* actual), cuyo fin no conocían ni los propios aborígenes, pantanos que, por estar cuajados de yerba y tener el suelo fangoso, cortaban el paso tanto a quien fuera a pie como en barca, a no ser que surcase sus aguas con una navichuela pequeña y capaz de una sola persona. Allí divisaron dos peñascos (*duas petras*)<sup>53</sup>, de los que caía con enorme fuerza el río. Esta narración caló muy hondo en la imaginación de los herederos del Imperio romano, cristianos y musulmanes. El primer testimonio de su huella es, sin embargo, tardío.

Narra Joinville en el capítulo de su historia citado más arriba que un sultán de Babilonia (= El Cairo) trató de averiguar dónde se hallaba el nacimiento del Nilo, pero que los hombres que envió a descubrirlo volvieron diciendo que habían llegado a un gran cerro de roca tajada (“un grant tertre de roches taillies”) que nadie podría escalar; el río se precipitaba de ese gran peñasco, cuya cima estaba poblada de frondosa vegetación, mientras infinitas fieras -leones, serpientes y elefantes- contemplaban desde la orilla cómo los expedicionarios remontaban la corriente. Claramente la historia que cuentan el romano y el francés es la misma, aunque en Joinville se simplifican

los accidentes –los dos peñascos se reducen a uno- y se colorea el viaje con tramoya tomada de la fábula del Paraíso: las fieras espantables que vigilan a los expedicionarios son los monstruos que guardan la entrada del Edén, la montaña inaccesible es ya el Paraíso. El viaje, en consecuencia, no hunde sus raíces en tradiciones musulmanas, como podría hacer pensar la mención del sultán del Cairo, sino que deriva del tratado de Séneca, eso sí, a través muy probablemente de un tamiz árabe.

El recuerdo del legendario viaje perduró largo tiempo, ya que Nicolò de' Conti refirió a Pero Tafur que el Preste Juan –el sultán se cristianiza ahora convenientemente- había enviado una expedición a indagar la cabecera del Nilo. Los exploradores, remontando el curso del río hasta llegar a un gran piélago, descubrieron la laguna de donde procedía aquella inmensidad de agua y finalmente llegaron a “una muy grant sierra muy alta e muy enfiesta, e que paresçia que fuese una peña tajada”, de donde salía el agua por una gran abertura<sup>54</sup>. Subió uno de los expedicionarios a otra montaña altísima, desde la cual se podía divisar todo el panorama, y luego otro, pero ninguno de los dos quiso bajar otra vez ni responder a las preguntas de sus compañeros. Así regresó el resto a su patria, comunicando al Preste que debía abandonar su curiosidad, pues “a Dios no le placía que los mortales más sopiesen”<sup>55</sup>. En esta versión, más fiel a la idea primitiva del pantano (Séneca) o lago (Ptolemeo), desentona el final, un evidente añadido que sabe a cuento (el episodio de los hombres que parten sucesivamente de exploración y no regresan es un viejo tópico). El Paraíso vuelve a estar representado por la “peña tajada” –la expresión común a Joinville y a Tafur-.

Ahora bien, tal y como Etiopía y la India intercambian a menudo sus propiedades, prestándose mutuamente sus características más peculiares, de la misma manera el Nilo y el Ganges toman rasgos el uno del otro. Así fue como la leyenda se trasladó a orillas del Ganges, un río que según las propias tradiciones hindúes provenía del cielo<sup>56</sup> y por tanto parecía la vía más adecuada para escudriñar secretos ultraterrenos. De esta manera el agustino Juan González de Mendoza, sin conocer por supuesto a Tafur, contó un siglo después una historia parecida, mas ambientándola en la India<sup>57</sup>. Un rey de Bengala, deseoso de conocer la fuente del Ganges y el paradero del Paraíso, despachó unos navíos bien provistos de vituallas río arriba. Tras varios meses de navegación las embarcaciones llegaron a un lugar donde la corriente se estancaba, fluyendo casi sin raudal. Soplaba allí una delicada brisa, y un olor maravilloso de flores y de aromas regocijaba el ánimo, llenando de placer a los expedicionarios y haciéndoles olvidar las penalidades pasadas. Convencidos de que su meta se hallaba cerca, redoblaron sus esfuerzos tratando de proseguir su navegación. En vano, pues la flotilla no consiguió avanzar ni una braza. Finalmente, comprendiendo que los detenía una fuerza oculta, retornaron a su reino. En este relato tardío se conserva mejor el recuerdo del pantano avistado por los centuriones, aunque envuelto ya, como es lógico, en los efluvios paradisiacos. Los tres relatos son, pues, eslabones perdidos de una cadena que remonta a Séneca, sin que podamos reconstruir ni por pienso los múltiples estadios que median

en la transmisión secular del relato. Sólo queda por decir que el prestigio inmenso de Mendoza difundió la leyenda gangética, que fue recogida debidamente por un viajero avisado como Linschoten<sup>58</sup> y un desvergonzado falsario como Ordóñez de Ceballos<sup>59</sup>. Pero volvamos al Medievo.

## 5. El Paraíso, en África

Los grandes viajes de los frailes mendicantes y los mercaderes italianos no alteraron, sin embargo, el emplazamiento del Edén en Oriente<sup>60</sup>. Sólo al alborear el s. XIV comenzaron a oírse voces discordantes, después de que Marco Polo y otros europeos hubiesen costado el mar de China sin hallar la menor noticia de tamaña maravilla. Se pensó entonces que, si había que buscar otro lugar sustituto donde poner su paradero, ninguno mejor que la tierra de los antíctones y, más en concreto, África. Dante, por "un prurito de correspondencia simétrica" propio de la escatología<sup>61</sup>, se imaginó a la Jerusalén celeste como anteco de la Jerusalén terrestre<sup>62</sup> y, bebiendo quizá en fuentes musulmanas, se atrevió a simplificar la hidrografía paradisíaca<sup>63</sup>, contraponiendo al río del Olvido ("Leté") del Infierno virgiliano un río del Recuerdo ("Eünoé")<sup>64</sup>. Todavía cabe discutir hoy dónde puso Dante su isla paradisíaca, aunque desde luego se hallaba en el hemisferio sur, allende el trópico de Capricornio. Pero a comienzos del s. XIV otro viajero empedernido, el franciscano Jordán Catalán de Séverac<sup>65</sup>, localizó decididamente el Paraíso entre la India tercera (Etiopía, Abisinia) y Etiopía (occidental, Guinea en un sentido lato), es decir, en África: en uno de sus ríos -el Geón/Nilo, al parecer- se desplomaban los pesados dragones extenuados de su largo vuelo<sup>66</sup>.

En África situó también el Edén un tratadito cosmográfico muy curioso del s. XIV, atribuido a otro franciscano, pues no en vano los frailes seráficos eran entonces los hombres más audaces y andariegos de la Cristiandad: el *Libro del conocimiento de todos los reynos e tierras e señoríos que son por el mundo*<sup>67</sup>. Según el presunto religioso, el Paraíso está emplazado en unos montes de África elevadísimos que superan el horizonte a partir de la mitad de su altura y "confinan con el círculo de la Luna", de modo que en su cima reina perpetua luz y maravillosa templanza y salubridad. Evidentemente, se está pensando en aquellos montes de la Luna que, según Ptolemeo, eran la fuente del Nilo<sup>68</sup>, deducción inevitable a la que llegaron por pura lógica otros geógrafos de gabinete, como el agustino Jaime Pérez de Valencia a finales del s. XV<sup>69</sup>: ¿no llegaba la montaña del Paraíso hasta la Luna?; pues, ¿qué había de ser entonces sino la montaña de la Luna por antonomasia? De su cima, según el franciscano (la tradición remontaba ya, como hemos visto, a Bartolomé Anglico), caen inmensas cascadas, "que fazen muy gran ruido, que a dos jornadas suena el son de las aguas e todos los omes que cerca moran son todos sordos". En la falda de las montañas se forma así un "piélagos" del que salen los cuatro ríos, "que riegan toda Nubia y Etiopía" (en el Gen. 2,13 es sólo el Geón, más lógicamente, quien baña Etiopía).



Los ríos del fraile siguen un curso caprichoso: el Geón y el Fisón cercan el reino de Magdasor (Mogadiscio), poblado de cristianos de Nubia (p. 67), y uno de los tres brazos del Eufrates atraviesa el reino de Amenuan<sup>70</sup>, mientras que otros dos lo ciñen (p. 64-65). Más nos interesan las correrías y meandros del Nilo, que se divide en dos brazos, uno de los cuales, el mayor, "viene contra el Poniente, que dizen el río del Oro, ribera del qual son los reinados de Guinoa" (p. 56, cf. pp. 57-58); a su orilla se encuentran los famosos hormigueros de oro, desplazados aquí de la India extrema (p. 54). En efecto, las noticias del franciscano reposan en parte sobre experiencias reales: al costear el litoral africano los navegantes ibéricos descubrieron un "río del Oro", que se creyó afluente del Nilo: en su demanda partió el 10 de agosto de 1346 el mallorquín Jaime Ferrer<sup>71</sup>. Muchos años después, conforme el avance de las carabelas lusas redondeó el conocimiento de África, fue considerado brazo del Nilo no ya este río d'Ouro, al que llegó Alfonso González Baldaya en el segundo viaje despachado por el infante D. Enrique (1436)<sup>72</sup>, sino el caudaloso Senegal, descubierto en 1444 por Dionisio Dias y llamado siempre "Nilo" en la crónica de Gómez Eanes de Azurara, que dedica dos capítulos a su descripción<sup>73</sup>. Era otra deducción de lo más lógica, pues una parte de los geógrafos antiguos había situado la fuente del Nilo en el monte Atlas, identificándolo con el Girin o Grin<sup>74</sup>; y la misma doctrina había sido defendida en el Medievo por los comentaristas cristianos<sup>75</sup> y los sabios musulmanes<sup>76</sup>.

La visión del presunto Nilo hizo olfatear otra empresa de mayor sustancia que el simple lucro del oro. Al requerimiento de Gómez Pires, exhortando a sus compañeros, desfallecidos, a proseguir el viaje en demanda del río, respondió decidido Álvaro de Freitas con una estupenda baladronada: "Vaamos hu quiserdes, siquer ataa o Paraiso terreal"<sup>77</sup>. A nadie se le ocultaba lo fácil que sería llegar al Edén: sólo había que remontar el curso del Nilo para dar con su fuente. En definitiva, por tanto, las nuevas exploraciones estaban acercando a los portugueses a la proximidad del Jardín de las Delicias; en este convencimiento se dio a la malagueta el pomposo nombre de *grana Paradisi*. Con lo que los portugueses no contaban es que, en esa carrera por llegar a los portentos de la India, les fueran a salir a última hora unos incómodos competidores: los españoles, los eternos rivales.

## 6. El Paraíso, en la India

Pero dejemos por un momento tranquilos a uno y a otro pueblo, si ello es posible. Un escritor que vivió en la corte de Renato de Anjou, Antonio de La Sale, compuso en 1449 para el primogénito del monarca un ameno centón pedagógico que llamó, jugando con su propio nombre, *La Salade*<sup>78</sup>. En este cajón de sastre se habla de todo, de la misteriosa gruta de la Sibila en Montemonaco (el Venusberg de Tannhäuser) o del infierno oculto en las islas Lípari. La Sale se imagina que el Paraíso, que forma como la cabeza del mundo y ocupa el extremo oriental de Asia, es de una altitud

enorme, pues está colmado de los cuatro elementos de los siete planetas y de los doce signos del Zodíaco, que reinan en él con maravillosa armonía<sup>79</sup>. Lo circundan por doquier montañas escarpadas salvo en su entrada, que está protegida por fieras terribles, dragones, serpientes y pájaros fantásticos. De los cuatro ríos del Paraíso, que fluyen por las venas de la Tierra, parten -y esto es lo importante para nuestro objeto- otros brazos fluviales que son los ríos más importantes de los continentes: el Tánais (Don) de Asia, el "Norveyan" de Europa y el Nilo de África. Este sincretismo fluvial, muy curioso, obedece al rigor sistemático del hombre del Medievo, para quien todo tiene una explicación lógica: es inconcebible que un río inmenso no tenga alguna relación, siquiera remota, con el Edén<sup>80</sup>. Por otra parte, todavía seguía viva la creencia de que el Océano podía ser un río del Paraíso; y del río Océano, según una tradición antiquísima conocida ya por Homero<sup>81</sup>, procedían el mar y todos los ríos de la tierra. Un viajero que también dio categoría paradisiaca al Tánais fue Pero Tafur, siguiendo la vieja tradición: "Fui a ver la Tana, que es una muy grant rivera, e dizen que es otra agua que sale de Paraíso Terrenal"<sup>82</sup>.

En 1492 un genovés que, siendo un muchacho, sirvió asimismo a Renato de Anjou, Cristóbal Colón, llegó al Oriente por el Poniente. Dejando para más adelante sus explicaciones teóricas, centrémonos ahora en las impresiones que refleja su relación del tercer viaje. Llegado al Golfo de Paria, halló Colón con sorpresa que el agua del mar era dulce y sufrió el embate del temible macareo, el brutal choque de la corriente del Orinoco con la marea del Océano (1498). La visión de aquella rugiente masa de agua le trajo inmediatamente a la cabeza el recuerdo del Paraíso; y quizá, de haber leído a Mandeville, acudiera también a su mente el párrafo en el que el falsario describió los peligros a que se exponían quienes intentaron buscarlo: "en mouroient les pluseurs de lassement du nagier contre les ondes, et les aucuns demouroient aueugles, et les autres demouroient sours pour la grant noise de l'eaue" que causaba la descomunal cascada<sup>83</sup>. Pero veamos ya las explicaciones del primer almirante de las Indias. A juicio de Colón, el Edén está en el ecuador, "en fin de Oriente", en la cima de una montaña altísima a la que se asciende poco a poco, sin asperezas, aunque sólo puedan llegar a su cúspide los elegidos por la voluntad divina, como Elías y Enoc. Su descripción del sistema fluvial del Paraíso respeta en la identificación de los ríos, como no podía ser menos, la tradición del Medievo:

Y de allí [del Paraíso] sale una fuente y cae el agua en el mar y allí haze un gran lago del cual proceden los cuatro ríos sobredichos, que bien qu'este lago sea en Oriente y las fuentes d'estos ríos sean divisas en este mundo, porende que proçeden y vienen allí d'este lago por catarates debajo de tierra y espiran allí donde se been estas sus fuentes; la cual agua que sale del Paraíso Terrenal para este lago trahe un tronido y rogir muy grande, de manera que la gente que naze en aquella comarca son sordos.

Éste es, por decirlo así, el núcleo de la teoría colombina, que se acopla de manera muy notable a la cosmografía de Bartolomé Ánglico y del *Libro del conocimiento*: las aguas del Paraíso caen con fragor indescriptible en un "lago" ("piélago" en el *Libro*), del que salen los cuatro ríos. A Colón ese estrépito le viene de perlas, pues así lo puede comparar con el "rugir" espantable del macareo. Veamos ahora sus conclusiones:

Creo que puede salir de allí esta agua, bien que sea lexos, y venga a parar allí adonde yo vengo, fazia este lago. Grandes indicios son estos del Paraíso Terrenal, porqu'el sitio es conforme a la opinión d'estos santos y sacros teólogos, y ansimesmo las señales son muy conformes, que ajamás lei ni oí que tanta cantidad de agua dulce fuese así dentro y vezina de la salada, y en ello ayuda asimismo la suavísima temperançia<sup>84</sup>.

Los teólogos aducidos por Colón son San Isidoro, Beda, Juan Damasceno, Walafrido Estrabón, Pedro Coméstor, San Ambrosio y Juan Escoto, citados de primera o de segunda mano. El Edén está todavía lejos (Colón está navegando a 9° N.), pero su agua estruendosa desemboca en un lago, con el que Colón parece identificar el Golfo de Paria. Las señales aducidas por el almirante para llegar a su morrocotuda conclusión son, a fin de cuentas, las mismas que condujeron a establecer la identidad del Senegal con el Nilo. Cuando las carabelas portuguesas llegaron a la boca del río, un marinero que llevaba la sonda se llevó el agua a la boca y comprobó que no era salada.

"Outra maravilla teemos", disse elle contra os outros, "ca esta augua he doce!" Pollo qual lançarom logo seu balde ao mar, e provaram a augua, de que todos beberam, como cousa em que nom auya mingua pera seer tam boa como compria. "Certamente", disserom elles, "nós somos cerca do ryo do Nillo, ca esta agua bem parece que delle he, e per sua força corta o mar, e entra per elle assy"<sup>85</sup>.

De nuevo, según vemos, en Colón actúan modelos y arquetipos lusos: el Senegal es el Nilo y el Orinoco sale de la laguna del Paraíso porque uno y otro río penetran en el Océano, formando lo que los navegantes y cartógrafos (así Juan de la Cosa) llamaron entonces "Mar Dulce". Y conociendo la adoración que sintió Las Casas por el primer almirante de las Indias, no sorprende que el gran dominico, al comentar estos pasajes, defendiera la racionalidad de la teoría colombina, engolfándose en una larga disquisición para probar -o, mejor dicho, conjeturar- que el Paraíso, situado en Oriente, en el hemisferio austral, llegaba a la tercera región del aire y era muy grande<sup>86</sup>.

Es llegada la hora de seguir a nuestros incansables portugueses en su largo periplo a la India, no sin antes lanzar una breve mirada a sus precursores. Los viajes al Lejano Oriente durante la Edad Media habían desvelado muchos arcanos a cristianos, judíos y musulmanes. Nadie, fuera mercader o misionero, visitó Ceilán sin hacer romería al Pico de Adán, donde los guías mostraban a los estupefactos peregrinos diversas huellas de la estancia del primer hombre en la isla después de su expulsión del Paraíso.

A Odorico de Pordenone<sup>87</sup> se le enseñó el lago que habían formado las lágrimas de Adán y Eva al llorar su condena<sup>88</sup>. Juan de Marignolli<sup>89</sup> vio la famosa pisada de Adán, el primer vegetariano, pisada que también dejó estupefacto a Ibn Battuta<sup>90</sup>. ¿Qué mejor prueba de la inmediata cercanía del Paraíso que la estancia de nuestro primer padre en Ceilán? La euforia paradisíaca llevó incluso a Marignolli a proponer audazmente una corrección al texto de la Vulgata: Adán y Eva no pudieron cubrir sus vergüenzas con pieles, porque los animales no se habían multiplicado todavía y Dios había creado al principio una única pareja de cada especie<sup>91</sup>; por tanto, en vez de *pelliceas tunicas* (Gen. 3, 21) había que corregir *filicias*, entendiendo *filicias* como las hilachas de la palma cocotera, el *cairo* con el que los hindúes confeccionaban vestidos de baja estofa<sup>92</sup>. El Paraíso se indianizaba por momentos; y aun para algunos musulmanes el Edén se alzaba sobre el mismísimo Pico de Adán<sup>93</sup>.

A partir del s. XVI la India y el Lejano Oriente quedaron abiertos finalmente a Europa gracias al denodado esfuerzo de los portugueses. Su presencia en el Índico refrescó el recuerdo de añejas tradiciones. Como los viajeros medievales, también ellos contemplaron asombrados los vestigios de nuestro común padre en Ceilán<sup>94</sup>, también ellos visitaron con emoción el sepulcro de Santo Tomás en Mailapur. Es comprensible que, de vuelta en su patria, extrapolasen a otras partes unas vivencias que les habían impresionado profundamente. Sólo a un portugués curtido en Oriente se le pudo ocurrir relacionar las huellas de Paripe en Brasil con la pisada de Santo Tomás<sup>95</sup>, evidente reflejo de la pisada de Adán; gracias a esta magna invención, mezcla feliz de dos tradiciones, la cingalesa y la nestoriana, se obtuvo otra prueba más de que Santo Tomás había sido también el apóstol de América, una idea verdaderamente genial.

Por otra parte, el viaje de la nao “Victoria” dio a conocer a los europeos creencias aborígenes que no venían sino a reforzar las leyendas occidentales: así, la fábula de que el ave llamada *manucodiata*, ‘pájaro de Dios’ o ‘pájaro del Paraíso’ provenía del Edén<sup>96</sup> confirmó la milenaria localización del mismo en Oriente. La propia existencia de las especies remachaba su cercanía: del Paraíso procedía el clavo, según Filostorgio, pero el clavo sólo se encontraba en las islas Malucas; y lo mismo podía decirse de la canela, cosechada en Ceilán, de la pimienta, exportada de Malabar, y de otras tantas especies.

El efecto de los descubrimientos lusos no tardó en dejarse sentir en la geografía bíblica. Al calor de la conquista de México y de la circunnavegación del globo por Magallanes/Elcano un cosmógrafo belga, Francisco Le Moyne, hizo un mapamundi en honor del cardenal Carondelet hacia 1526. Para ilustrar la carta, hoy perdida, compuso el “Monje” un tratadito en el que, después de discutir sobre varias cuestiones generales -p.e., el lugar del Preste Juan, que situó en Abisinia-, tocó el problema del Paraíso. En una isla, Sumatra (a su juicio la Taprobana clásica)<sup>97</sup>, habitada por dos pueblos que se tenían un odio tan feroz como ingleses y escoceses (los sultanatos de Samudera-Pacem, Achem y Aru)<sup>98</sup>, coincidían dos líneas, la del ecuador y la del oriente. Éste, pues, podría

ser el lugar apropiado para situar el Paraíso, aunque a juicio de nuestro cartógrafo tal solución repugnaría a la Biblia: el Paraíso estaba realmente en Tierra Santa<sup>99</sup>.

Junto con el tratadito de Le Moyne se imprimió en 1565 en Amberes un pequeño centón de itinerarios medievales<sup>100</sup>, encabezado por un viaje imaginario por el Oriente, con Jerusalén como punto de partida y de regreso. Su supuesto autor, el presbítero de Utrecht Juan de Hees (finales del s. XIV), dio cobijo en esta obra a toda suerte de fábulas, recogiendo cuidadosamente las noticias sobre el Preste Juan, cuya fama había reverdecido en el s. XVI gracias a las embajadas del Negus, tan entusiásticamente exaltadas en Lovaina por Damián de Goes. Todo aquí es hiperbólico: si antes era sólo un río paradisiaco el que fluía por la tierra del poderosísimo soberano, ahora corren por su tierra los cuatro, dando cada uno de ellos una bendición a los habitantes: el Tigris, oro; el Fisón, gemas; el Geón, dulzura de agua y el Eufrates, fertilidad una vez al mes, de suerte que los naturales hacían la recolección dos veces al año, eco evidente de la exuberancia de la India clásica. El supuesto viajero navegó asimismo a una isla que se llamaba *Radix Paradisi* (el nombre proviene del *Relato de Eliseo*) y, a diez días de travesía, contempló el altísimo monte Edom, de forma de torre, en cuya cima se hallaba el Paraíso: a hora de vísperas, cuando el sol descendía sobre el monte, brillaba el muro del Edén con hermoso resplandor, a modo de estrella. La *Peregrinatio*, que inspiró quizás el título de su famosa obra a Mendes Pinto, es el colmo del disparate; pero lo que nos interesa resaltar es que en 1565 un impresor de Amberes volviera a publicar dos tratados en los que como lugar del Paraíso se reivindicaba -o al menos en uno de ellos se apuntaba, aunque tal posibilidad acabase por ser rechazada- el fin del Oriente, como en los buenos tiempos medievales -y de hecho el otro libro había sido compuesto en la Baja Edad Media-.

Mas Amberes no estaba aferrada al pasado, sino que era entonces una ciudad de lo más abierta y cosmopolita. Los nuevos aires que traían los descubrimientos son ya bien perceptibles en la original interpretación que dio al problema un médico flamenco tan erudito como lleno de imaginación, Juan Goropio Becano<sup>101</sup>, un nostálgico del imperio<sup>102</sup> que dedicó su obra a Felipe II cuando, bajo el gobierno del duque de Alba, preparaban Arias Montano y Plantino la impresión de la Biblia Regia. El Paraíso, a su juicio, fue todo el globo terráqueo -idea ya sostenida por Hugo de San Víctor y en el s. XVI por Luis Fedeli<sup>103</sup>-; ahora bien, Dios colocó al hombre en el mejor lugar del mundo y ese lugar -la cabeza por donde comenzó a plantar- no fue otro que la India, la tierra feracísima y productora de dos cosechas al año, salubérrima por estar expuesta al favonio, poblada de razas y ciudades innumerables y de cuya fecundidad daban fe las especias de todas clases llevadas por los portugueses a Amberes. Todavía cabe mayor precisión: a juicio de Goropio, que sigue aquí una añeja tradición, el árbol plantado en el centro del Paraíso, de cuyo fruto comieron los primeros padres, bajo cuyas ramas se escondieron y con cuyas hojas cubrieron su desnudez fue la higuera de la India<sup>104</sup>, un fruto que se daba según Teofrastró

en el Aquesines, según Aristobulo en la confluencia del Aquesines y del Hiarotis (p. 491); árbol, cabe añadir, que es el banano confundido con el banyan, monstruo híbrido al que Goropio intenta arrancar también un sentido simbólico (p. 500ss.). El Paraíso por antonomasia se encuentra, pues, entre el Aquesines y el Ganges<sup>105</sup>, y más precisamente en la confluencia del Aquesines con el Hiarotis<sup>106</sup>, en el centro de la parte más grande del orbe habitado (p. 506); y en Evilath vivió Adán hasta que, huyendo de Caín y sus descendientes, se trasladó con Set al Indo, desplazándose hacia el Cáucaso (pp. 508-509). La fuente del Paraíso es, siempre según Goropio (y Hugo de San Víctor), el Océano, que hace surgir diversos ríos en diversos lugares para deleite del hombre; los cuatro ríos principales vuelven a adquirir el simbolismo medieval, indicando los cuatro puntos cardinales (pp. 496-97).

Las tesis de Goropio, escritas en plena guerra de religión a mayor gloria del catolicismo, causaron honda impresión a un dominico natural de Játiva, Tomás de Maluenda. El fraile, que acababa de escribir una voluminosa monografía sobre el Anticristo, entregó a la imprenta de inmediato otro tratado sobre el Paraíso, como queriendo abarcar en tan majestuoso como imposible arco los arcanos insondables del principio y del fin del Universo<sup>107</sup>. Maluenda, muy tradicional<sup>108</sup>, acepta la identificación normativa de los cuatro ríos, admitiendo incluso que el Fisón o, si se prefiere, los cuatro ríos se sumergieran en canales subterráneos a partir del mismo límite del Paraíso hasta salir, ya por su nuevo cauce, en tierras muy distantes entre sí (cap. L, p. 154). Su tradicionalismo, a fuerza de ir contra corriente, se torna más original cuando vuelve a poner el Paraíso en Oriente<sup>109</sup>, pero no en la cima de una montaña. Para llegar a una mayor precisión geográfica parte el dominico de un hecho: la tierra de Evilath, regada por el Fisón, es rica en oro, bdelio y ónice (Gen. 2. 12). A su juicio (cap. XLIV, p. 130ss.), el bdelio es el árbol, o el aroma, de la pimienta o del clavo, luego está claro que el lugar del Jardín de las Delicias, un vergel de unas 40 ó 50 leguas (cap. LXII, p. 195) plantado en el tercer día de la Creación (cap. LXI, p. 192ss.), no puede estar en Mesopotamia, sino en Oriente, en la zona templada, sin sobrepasar el trópico de Cáncer: bien en algún lugar de la India (quizá a orillas del Ganges), bien en una región remotísima de la China (cap. LI, p. 159). Las consecuencias del nuevo emplazamiento son bien visibles. En primer lugar, el árbol de la ciencia vuelve a ser con toda probabilidad una higuera de la India, como había propuesto Goropio, y no un manzano (cap. LXVII, p. 212); en segundo término, la residencia de Adán y Eva después de la expulsión no se halla en la Siria Damascena, ni en Judea, sino cerca del Paraíso, en la India: así lo prueban las huellas adamitas en Ceilán (cap. LIII, p. 165ss.).

Los descubrimientos portugueses, en consecuencia, orientalizaron la geografía paradisíaca. Las "frescas folhas de figueira da India... bem podião cobrir o nosso primeiro pay Adão", afirma el jesuita S. Gonçalves<sup>110</sup>. Y Milton<sup>111</sup>, aunque sitúa el Paraíso "from Auran eastward to the royal towers Of great Seleucia",<sup>112</sup> es decir, en Siria/Mesopotamia, no se resiste a dar a su poema un toque exótico y, confundiendo

como Goropio el banano con el *banyan*, se imagina a Adan y Eva, avergonzados por vez primera de su desnudez, cuando

Soon they choose  
 The fig-tree -not that kind for fruit renowned,  
 But such as, at this day, to Indians known,  
 In Malabar or Decan spreads her arms  
 Braunching so broad and long that in the ground  
 The bended twigns take root, and daughters grow  
 About the mother tree<sup>13</sup>...

## 7. El Paraíso, en el Nuevo Mundo

Colón, creyendo estar en Asia, había sentido los hechizos de un Paraíso bien cercano. Aunque muy pronto, incluso en vida del primer almirante de las Indias, se comprobó que el Nuevo Mundo no era la India, ¿había que renunciar, por ello, a la reconfortante proximidad del Edén? Contra todo pronóstico, así fue: mientras permanecían en todo su vigor los mitos clásicos que Colón trasplantó al Nuevo Mundo, el ensueño paradisiaco, sin embargo, se esfumó por el momento. Los primeros conquistadores se mostraron moderados y hasta parcos a la hora de expresar sus sentimientos, fueran éstos los que fuesen. Nada sabemos de la impresión que causó en Vicentíáñez Pinzón o en Alonso Vélez de Mendoza el descubrimiento del anchuroso delta que formaba el río que llamaron Marañón. Si la vista de la desembocadura del Orinoco había disparado la imaginación de Colón, los hombres de Orellana, en cambio, viajaron meses por el cauce del Amazonas sin encontrar nada más que hembras guerreras, como si la gigantesca cuenca fluvial no escondiera otras sorpresas más apetecibles o los españoles se conformaran con imaginar que navegaban por un nuevo Termodonte<sup>14</sup>. Salvando el caso de Colón, acucioso perseguidor de profecías, la interpretación del Nuevo Mundo debió mucho más al Humanismo renacentista que a la exegesis bíblica. Claro está que los mitos clásicos se habían colado ya en el mundo bíblico, esto es, en el imaginario medieval, gracias a la novela de Alejandro.

La vieja tradición que atribuía a los ríos del Paraíso un curso subterráneo pareció haberse olvidado: cuando en las relaciones de Indias hubiese sido de esperar una reminiscencia bíblica por el obvio paralelismo de los hechos referidos, nos sale al paso una alusión clásica. El agua del lago Titicaca “desagua por un gran río..., el cual entra en otra pequeña laguna...[de los Aulagas]; así se consume sin que haya otro desagadero; créese que va por debajo a la mar, como lo hace el río Alfeo en Grecia”<sup>15</sup>. Tampoco advierten los cronistas posibles semejanzas con la geografía bíblica: el Río de la Plata “nace de las cordilleras nevadas que están en el Perú, entre la ciudad de los Reyes y el Cuzco, donde salen cuatro ríos, nombrados de las primeras provincias por donde pasan: uno se llama Apurimá, otro Vilcas y otro Avancay y otro Jauja”<sup>16</sup>.

1091 Evidentemente, de este silencio no se puede sacar conclusión alguna. El licenciado Gasca, siendo obispo de Palencia, ponderó ya a Goropio las excelencias del Ecuador americano<sup>117</sup>. Comenzaba a forjarse de nuevo una leyenda áurea sobre la zona ecuatorial, sostenida por la autoridad de muchos sabios medievales (San Buenaventura, Durando). Años más tarde un jesuita de gran inteligencia y agudeza, José de Acosta, se declaró ferviente enamorado del equinoccio, donde se hallaba "el emperador de los ríos", el río de las Amazonas<sup>118</sup>. Pero su entusiasmo llegó a más:

Si guiaran su opinión por aquí [la templanza del clima] los que dizen que el Paraíso terrenal está debaxo de la Equinocial, aun parece que llevaran algún camino. No porque me determine yo a que está allí el Paraíso de Deleites que dize la Escritura, pues sería temeridad afirmar esso por cosa cierta. Mas dígolo porque, si algún paraíso se puede dezir en la tierra, es donde se goza un clima tan suave y apazible<sup>119</sup>.

En el s. XVII un agustino, Antonio de la Calancha, ponderando las excelencias del Perú y hablando de la localización del Paraíso, afirmó que, "aunque situarlo en el Perú es temeridad, por lo menos se colige cuánto lo procuraron alabar [al Perú] aquellos autores, pues con menos que azerlo Paraíso no se contentaron"<sup>120</sup>.

A enredar más la cuestión y satisfacer de paso patriotismos de campanario contribuyó la disparatada teoría que identificaba a los indios americanos con los descendientes de las diez tribus perdidas de Israel. Era inevitable que esta creencia, sustentada primero por los cronistas cristianos y defendida ruidosamente en 1607 por Gregorio García, sedujese antes o después también a los propios judíos. En 1644 Aarón Leví, llamado también Antonio de Montezinos, comenzó a propalar en Amsterdam intrigantes noticias acerca de un fabuloso viaje suyo que lo había llevado a la ribera de un gran río "mayor que el Duero" (quizás el Coca), donde, aun sin cruzar su corriente por expresa prohibición de los naturales, pudo hablar con los restos de las tribus perdidas. El relato fue creído a pie juntillas por muchos miembros de la Sinagoga, entre otros por Menasséh ben Israel, que se basó en él para comentarlo y publicar en 1650 su famosa *Esperanza de Israel*<sup>121</sup>. Si el río Sabatión había sido finalmente hallado en el Nuevo Mundo, no había razón alguna para no trasplantar a América el propio Paraíso.

En vista de la efervescencia anímica de la Sinagoga no parece un azar que fuera un converso, el nieto de un infeliz Juan López quemado en Lisboa por la Inquisición, quien sostuviera con más empeño y mayor acopio de argumentos el emplazamiento del Paraíso en el Nuevo Mundo: Antonio de León Pinelo, canciller del Consejo de Indias (1596-1650). Analicemos brevemente lo que nos dice en su obra, escrita de 1640 a 1650<sup>122</sup>. A su juicio, el Paraíso, que ya no existe, se alzó en la zona equinoccial, donde reina "eterno verano y perpetua primavera" (I, p. 38); con más precisión, en el centro de la América meridional, que no en vano tiene forma de corazón (como había advertido ya A. de Herrera), "circunscripto a un círculo imaginario de nueve grados de diámetro, que son 160 leguas y 460 de circunferencia" (I, p. 137ss.). Así lo prueba la gigantesca



red fluvial que riega la zona, red que “no admite comparación con otra” (II, p. 431): el río de la Plata o Paraguzú es el Fisón (y las regiones tanto de Evilath como de Ofir se reducen al Perú, según la conocida tesis de Arias Montano), el Amazonas el Geón (Etiopía sería entonces el nombre de la región equinoccial), el Eufrates (Perath) el Orinoco o Uriapari y el Tigris (Hidekkel) el Magdalena (I, p. 139). Después del Diluvio la población del Nuevo Mundo pasó al Viejo, al haberse posado en éste el arca de Noé tras 150 días de navegación; por este motivo Dios, junto con los hombres, trasladó asimismo los ríos: cada uno de ellos corre por venas ocultas y sale en los otros tres continentes con distinto nombre —y hasta con identificación diferente a la propuesta anteriormente—: el río de la Plata es el Nilo, el Magdalena<sup>123</sup> el Ganges, el Orinoco el Tigris y el Amazonas el Eufrates (II, p. 531). La nueva localización acarrea secuelas de importancia, entre ellas la original explicación de algunas particularidades de la tierra americana. La llama de fuego que guarda al Paraíso es interpretada ahora como una muralla de volcanes (I, p. 334ss.)<sup>124</sup>. Asimismo, la fruta prohibida no es ya la higuera de la India, sino la granadilla de la provincia de los Quijos, que nace en el “árbol de la culpa”: en ella se hallan figurados todos los instrumentos de la Pasión (II, p. 201ss.)<sup>125</sup>, al igual que en el plátano seccionado se había creído encontrar antaño el símbolo de la Cruz.

En cambio, la Inglaterra de los *Merchant Venturers* no se dejó seducir en las Indias Occidentales por los excitantes delirios paradisiacos. La fabulosa existencia de amazonas y *ewaipanoma*<sup>126</sup> en su idealizada Guayana trastornó la cabeza a W. Raleigh cuando brizó sus sueños con las riquezas de la gran ciudad de Manoa, residencia de unos incas que, aun huidos, se servían en sus guerras de armaduras de plata y escudos de oro. También el capitán L. Keimis<sup>127</sup> pudo hablar de hombres sin cabeza y de seres que tenían cabeza de perro y vivían en el mar, así como asombrarse de la abundancia de “images of gold of incredible bignesse” entre los amapagotos. Otra vez son admitidos sin rechistar los mitos clásicos —o más bien medievales: los *ewaipanoma* daban la razón a Juan de Mandeville según Raleigh, que pareció desconocer a los esternoptalmos de la Grecia clásica—; pero la majestuosidad del Orinoco, la maraña de sus afluentes y la belleza de la tierra no les hicieron evocar a Raleigh y a Keimis la red fluvial del Paraíso. Sólo en algunos pasajes de Raleigh se respira un entusiasmo extremoso, como cuando pondera la salubridad sin par de Guayana, tierra bendita donde no enfermó ninguno de sus hombres<sup>128</sup>, al igual que le había ocurrido a Colón y a sus tripulantes nada más llegar a las islas del Caribe, esto es, a los aledaños de su Paraíso particular<sup>129</sup>, o que le sucederá a Quirós en el curso de su no menos particular utopía austral<sup>130</sup>. Igualmente, en el epigrama dirigido por Keimis a Th. Harriot se cuelan reminiscencias edénicas, probablemente buscadas adrede:

Mira leges. Auresque animumque tuum arrige: Tellus  
 Haec aurum et gemmas graminis instar habet.  
 Ver ibi perpetuum est: ibi prodiga terra quotannis  
 Luxuriat, sola fertilitate nocens.

En efecto, la primavera perpetua trae de inmediato a la mente el comienzo del mundo (*uer illud erat*, había dicho Virgilio, *Georg.* II 338); y la primavera está íntimamente ligada también a la idea de Paraíso, pues en el Edén no hay tempestades, sino que reina allí un *uer perpetuum*<sup>131</sup>.

Como contrapunto a la flema británica, los misioneros franceses se dejaron invadir en la Nueva Francia Equinoccial por grandiosas utopías, muy propias por otra parte del espíritu franciscano. Ejemplo paradigmático de este enfoque visionario es la obra de Claude d'Abbeville sobre las fundaciones del Marañón<sup>132</sup>. D'Abbeville rebosa optimismo misionero. Los indios están en la infancia del cristianismo, luego el franciscano se siente como si viviera en los tiempos apostólicos: otra vez nos encontramos ante la exaltación del momento fundacional, ante el júbilo de un comienzo que, al mismo tiempo, va a ser el fin de la predicación y, por ende, del universo mundo. Además, la propia naturaleza de las Indias nuevas es dignísima de admiración. No existe lugar en el mundo más templado y delicioso que la isla del Maranhão, a 2,5° del ecuador, pues está sujeta a una sola temperatura y a una única estación; la tierra, que carece de fieras y de animales venenosos, es extraordinariamente fértil, los hombres viven luengos años. A favor de las tesis del franciscano hay todavía un argumento más, irrefutable: si las Sagradas Escrituras encarecen la belleza del Paraíso Terrestre principalmente a causa del río que en él nace, el país del Brasil está engalanado por muchos y grandes ríos que tienen de 10 a 80 leguas de ancho y de 500 a 1.000 leguas de largo. No cabe dudar de la excelencia de la tierra. Por tanto, es lícito hacerse una pregunta inquietante: ¿no tendrá Dios reservado el Brasil para ser en él alabado en el Occidente y hasta el fin del mundo?<sup>133</sup>; pregunta que lleva implícita la creencia en la inminente proximidad de las postrimerías del Siglo.

## 8. Intermedio africano

La misma reserva y circunspección de que habían hecho gala en América mostraron los ingleses en África. En efecto, los viajes que habían tensado la imaginación de los portugueses en el siglo XV apenas hicieron mella en el ánimo de los ingleses que siguieron sus pasos en los siglos XVI y XVII. Así, ni los relatos de los viajes a Guinea de J. Lock (1554)<sup>134</sup>, W. Towrson (1555, 1556, 1557)<sup>135</sup> y G. Fenner (1566)<sup>136</sup>, ni los excesos retóricos de T. Windam (1553)<sup>137</sup> y los magros roteros de J. Welsh (1588, 1590) en sus navegaciones al río de Benin, albergan noticias de interés para nuestro propósito<sup>138</sup>. En 1621 Richard Jobson remontó el curso del río Gambia (más conocido en Inglaterra como Gambia, por confusión cartográfica de *i* y *r*) en demanda del oro del interior, de suerte que sonaron en inglés nombres exóticos conocidos hacía muchos años por los portugueses como Casamansa y Cantor<sup>139</sup>. Sin embargo, ni el viaje fluvial, ni la abundancia del metal precioso, ni los gigantescos hormigueros (“ant-hills”) poblaron de delirios la escueta narración de los hechos. Un negro (“Buckor Sano”) les informó

de que a cuatro lunas había una gran ciudad, “the houses whereof are couered only with gold” (p. 91). Tampoco el anuncio de este Cipango/El Dorado desató la lengua del aventurero. La Biblia es aducida sólo para señalar que los mandingos descendían de Canaán, el hijo de Noé (p. 52), que la ley levítica era observada por los hechiceros o “Mary-buckles” (p. 62), muy parecidos a los recabitas mencionados por el profeta Jeremías, por lo que podrían proceder de Hobab, el suegro de Moisés (p. 76), y que los negros, todos del rey abajo sin excepción, cultivaban la tierra con sus manos, como para cumplir la maldición impuesta por el Señor a Adán (p. 123). En suma, el inglés se limitó a describir los usos y maneras de los habitantes (distinguiendo los “fulbies” trashumantes de sus amos los “maudingo”) así como la fauna y la flora de la región, con especial atención a los cocodrilos e hipopótamos (o “sea-horses”)<sup>140</sup>.

De la costa occidental de África volvamos ahora nuestra mirada al Nilo, explorado por los portugueses desde otro punto de partida. La embajada de D. Rodrigo de Lima al Preste Juan (o sea, al Negus) en 1520 oyó hablar del reino de Gojám, situado al poniente de Etiopía: “e dizem” –indica su cronista, el padre Francisco Alvares– que neste reino nasce ou sai o rio Nilo, que nesta terra chamam Gion e dizem que ha nêle grandes lagos como mares, que ha nêles homens e mulheres marinhos<sup>141</sup>; un río paradisiaco no podía tener sino maravillas en sus aguas. Más noticias y más exactas procuró la expedición de Cristóbal de Gama en 1541, aunque siempre de oídas: la fuente del Nilo se hallaba en una laguna, tan grande que no se veía la otra orilla y que tendría de circunferencia diez días de camino de un hombre ligero (el lago Sana); en la relación oficial de M. de Castanhoso los hombres acuáticos se desvanecen ya para transformarse en “caballos marinhos”, los más prosaicos hipopótamos<sup>142</sup>.

La exploración se interrumpió a continuación muchos años, hasta que el 21 de abril de 1618 un jesuita español, Pedro Páez, adentrándose en Goyam, proclamó haber llegado a la fuente del Nilo y bebió de su agua, “clara e muito leve”. Como la corriente desaparecía en tierra, Páez, emulando al Psamético de Heródoto, metió en uno de los ojos una lanza, que pareció dar en raíces de árboles, y en otro ojo introdujo dos lanzas atadas la una al cabo de la otra y no halló fondo. En momento tan solemne hubiésemos esperado algún transporte anímico, una oración devota, al menos una glosa erudita al sumidero que parecía corroborar lo que decía la añeja tradición. Nada. No asoma por esta página más emoción que el orgullo de haber visto lo que bien hubieran deseado contemplar Ciro, Cambises, Alejandro y Julio César<sup>143</sup>. Ni que decir tiene que esa fuente tan cacareada no era la del Nilo: lo que vio Páez fue el Abbai, el Nilo Azul. Tenía razón en este caso el dominico Luis de Urreta, a quien Páez había criticado duramente por haber poblado de maravillas el reino del Preste Juan. Y es significativo que una de estas maravillas fabulosas aireadas por Urreta fuese el transplante a Abisinia del ave del Paraíso –“mera ficção”, como le reprochó Páez<sup>144</sup>-. Es que Urreta, al revés que Páez, allanaba el camino para seguir situando el emplazamiento del Edén en tierras del continente africano: como después harán algunos exploradores ingleses en el s. XIX.

En 1629 otro jesuita, el portugués Jerónimo Lobo, visitó también él la fuente del Nilo Azul (llamado por él “Abauy”), aunque, más sensible y hablador que Páez, no se resistió a la tentación de plantearse por escrito si ese río era el Geón o no. En contra batallarían según él varias razones: el Abbai nacía en Cahala, el Geón en el Paraíso; el Abbai corría a mucha mayor altura que Egipto y, por supuesto, que Arabia (para no anegar Arabia se había renunciado en la Antigüedad a hacer el canal de unión entre el Mediterráneo y el Mar Rojo); de modo que, el Paraíso, situado como estaba en Palestina y en las regiones vecinas a Arabia, de haber traído hasta sí las aguas del Nilo por conductos subterráneos, las tendría que haber conducido por debajo del Mar Rojo o por la lengua de tierra esterilísima, arenosa y falta de agua que unía a África y a Asia, para después sacarlas a la superficie en un lugar tan elevado como Etiopía. En definitiva, sobre esta cuestión cada cual podía pensar como le pluguiera; sin embargo, quien propugnara la identidad de uno y otro río tendría que resolver antes estas no pequeñas dificultades<sup>145</sup>. No nos debe engañar esta aparente ecuanimidad: en el fondo, Lobo parece disfrutar de lo lindo al apearse al venerable Nilo de su condición paradisíaca, a la que ni siquiera aludió ya un tercer jesuita, Baltasar Teles, al revisar para su publicación los papeles del padre M. de Almeida: antes bien, precisó Teles, “a fonte do Nilo é como qualquer outra dos rios ordinários, e pode ser que menos ainda”<sup>146</sup>. Nunca el prestigio del Nilo pudo caer tan bajo.

## 9. El fin de las quimeras: el Paraíso, en Oriente Próximo

Mientras que, como hemos visto, se despeñaba la imaginación de algunos viajeros ante la grandiosidad de la naturaleza recién avistada, otros escrutistas iban reduciendo la cuestión a sus justos límites, buscando una explicación más conforme a los textos bíblicos, sin salirse del Oriente Próximo<sup>147</sup>. Ya Juan Annio de Viterbo, comentando a su falso Beroso, propuso dos posibles lugares del Paraíso Terrenal: o la región de Damasco o la de Laodicea<sup>148</sup>.

Otro biblista que no dudó en apartarse de la opinión tradicional fue un erudito bibliotecario de la Vaticana, Agustín Steuco (+ 1548). A su juicio, el origen de la humanidad tuvo lugar en una región expuesta a los ardores del sol, que es el elemento creador de la vida: esta región no fue otra que Mesopotamia, y en ella se alzó el Paraíso, más concretamente en la región de Harán, mencionado junto al Edén por Ezequiel (27, 23). El gran río del Paraíso lo habrían formado el Eufrates y el Tigris: tras su nacimiento unían sus aguas, regaban el Jardín y después se bifurcaban creando la Mesopotamia. En conclusión, el Geón y el Fisón no pueden ser el Nilo y el Ganges, sino dos afluentes del Tigris y del Eufrates (quizás el Araxes), de identificación insegura<sup>149</sup>. La misma opinión –y resulta difícil averiguar hoy a quién se debe verdaderamente la autoría de la misma– sostuvo Francisco Vatable (+ 1547) quien, anotando asimismo que el Edén

no se encontraba lejos de Haran por el versículo citado de Ezequiel (27, 23), lo situó en los confines de Arabia Oriental y de Mesopotamia<sup>150</sup>.

La idea principal de Steuco fue aceptada por buen número de exegetas, como el dominico e inquisidor portugués Jerónimo de Azambuja (ab Oleastro)<sup>151</sup>, el teólogo parisino G. Générard<sup>152</sup> o el español Antonio de Torquemada<sup>153</sup>. Introduciendo en ella una pequeña modificación Jacobo Naclanto buscó el enclave del Paraíso en Palestina<sup>154</sup>. El agustino Alfonso de la Vera Cruz<sup>155</sup>, desarrollando esta sugerencia, concluyó en buena lógica que, en tal caso, el río que bañaba su llanura no podía ser otro que el Jordán; entonces, la expresión *diuiditur in quattuor capita* del Génesis significaría la división del género en sus especies o diferencias, de las que hay cuatro especialísimas (*Phison, Gyon, Tygris et Euphrates*), llamadas por tanto *capita* o *capitales species*; se trataría de una manera de decir extraña pero no infrecuente entre los rétores y gramáticos, que van de las cosas a los nombres y viceversa (Vera Cruz se refiere al parecer a la metalepsis).

Un paso más allá dio el biblista granadino Pablo de Palacio, predicador del rey cardenal D. Enrique, limosnero de la reina D<sup>a</sup> Catalina y profesor de Sagrada Escritura en Coimbra<sup>156</sup>, cuando, glosando el *Eclesiastés*, propuso identificar el Fisón con el Fasis (“qui sua magnitudine dignus est qui ex Paradyso oriri dicatur”) y –suprema audacia– el Geón con el Yayhun (el Amu-Darya) de los musulmanes<sup>157</sup>. A su vez, el eruditísimo jesuita valenciano Benito Pererio, en su gran comentario al Génesis<sup>158</sup>, además de aducir nuevos argumentos para rebatir la teoría tradicional<sup>159</sup>, conjugó las tesis de Steuco y de Palacio en una original síntesis: siguiendo a Steuco, el Geón y el Fisón son brazos del Tigris y del Eufrates: pero el Fisón sería el Fasis o Pasis (el Pasítigris), afluente del Tigris (p. 336), y la tierra de Hevilath, situada entre Asiria y Palestina, correspondería a región de los chaulateos de Estrabón (p. 337); el Geón, en cambio, queda sin localizar (p. 341). En conclusión, el Paraíso hubo de estar asentado en la confluencia primera del Tigris y del Eufrates: por ello Noé y sus hijos, después de desembarcar en Armenia, habitaron en Mesopotamia, Asiria y Babilonia, los lugares más próximos al Paraíso (p. 345).

A esta opinión se acostaron los teólogos de Lovaina que, en una tabla corográfica discutida por Maluenda, sostuvieron asimismo que el Paraíso se había alzado en la confluencia del Eufrates y del Tigris, hacia las ciudades de Babilonia<sup>160</sup> o Seleucia, por medio de las cuales corrían los dos ríos unidos<sup>161</sup>; después el Eufrates y el Tigris se separaban otra vez y se bifurcaban cada uno en sendos afluentes: el Fisón al E., que circundaba la tierra de Evilat, y el Geón al O., ciñendo la tierra de Etiopía, pero sin identificar ya estos ríos con el Ganges y el Nilo.

Esta localización del Paraíso en la confluencia del Tigris y del Eufrates fue aceptada por Anania<sup>162</sup>, C. a Lapide<sup>163</sup> y Huet. A partir de entonces cayeron en cierto desprestigio las localizaciones exóticas. H. Reland<sup>164</sup> exhumó las viejas teorías de Steuco y de Palacio e identificó el Fisón con el Fasis y el Geón con el Araxes. El celeberrimo benedictino A. Calmet<sup>165</sup>, abad de Seins, no vaciló en seguir sus pasos, situando el

Paraíso en Armenia y la antigua Adiabene, región templadísima y muy fértil: de allí correrían los cuatro ríos hacia los cuatro puntos cardinales, el Eufrates al O., el Araxes (= Geón) al E., el Fasis (= Fisón) al N. y el Tigris al S. Como la región de Evilat es rica en oro, el sonsonete indujo al monje a buscar al oro de Ofaz un origen en el Fasis (O-phaz = Phas-is). La mayor dificultad (el Geón ciñe la tierra de Cus, y Cus en la Biblia es Etiopía) la resolvió Calmet admitiendo la existencia de dos Cus: de la segunda tierra de Cus, a orillas del Araxes, procederían los cuteos.

No es cuestión de seguir acumulando nombres. Baste recordar que el irónico Voltaire, que en no pocas ocasiones se burló de dom Calmet en su *Dictionnaire philosophique*, reprochándole su ingenua credulidad<sup>166</sup>, tampoco se sustrajo a la tentación de identificar los dos ríos de localización insegura, mostrándose antiguo y moderno a la vez: a su juicio, el que bordea Etiopía "ne peut être que le Nil ou le Niger" –la explicación tradicional- y "le Phison le Phase", siguiendo sin decirlo a Pablo de Palacio y al detestado Calmet (p. 207). A su vez, el jardín del Edén estaría tomado de los jardines de Eden en Saana, en la Arabia Feliz (p. 297).

Curiosamente, el interés de los viajeros por el Tigris y el Eufrates fue disminuyendo al paso que los teólogos devolvían el prestigio paradisiaco al Oriente Medio. Todavía Th. Coryate pudo calificar al Eufrates como "the cheesest of all that irrigated Paradise, wherehence, as from their original, the three other riuers were derived"<sup>167</sup>. En cambio, la visión de Mesopotamia no tuvo ningún poder evocador sobre otros viajeros: César Friderici<sup>168</sup> (1563), Ralph Fitch (1583)<sup>169</sup>, Jacques de Coutre (1606 y 1620)<sup>170</sup>, Pedro Teixeira (1604)<sup>171</sup> o el padre jesuita Manuel Godinho (1663)<sup>172</sup> se abstuvieron de hacer alusión alguna al Edén al llegar al curso de los dos famosos ríos.

## 10. El Paraíso, inencontrable

Ya en tiempo de Santo Tomás<sup>173</sup> no faltó quien propugnase que el Paraíso era un lugar incorpóreo, al no haber sido hallado por los grandes viajeros coetáneos. El genial dominico solventó la dificultad arguyendo que había grandes obstáculos naturales (montañas, mares o regiones tórridas) que lo ocultaban al conocimiento humano. Si ya en el s. XIII se había manifestado extrañeza ante lo huidizo del Edén, en los s. XVI y XVII la perplejidad subió de punto: ¿cómo era posible que no apareciera rastro alguno del Paraíso cuando todos los mares habían sido ceñidos ya por las naves europeas? Con razón comentó el agustino Alfonso de la Vera Cruz: "Hispani adnauigauerunt ad omnem coeli partem, Septentrionem, Meridiem, Orientem, Occidentem, et cum insulas et alia ignota loca inuenerint, de loco Paradisi nulla mentio est"<sup>174</sup>.

No admitió esa explicación el jesuita J. de Acosta, que prefirió dejar el misterio en suspenso. A su entender, aunque el Océano hubiese sido surcado en muchas direcciones, aunque la tierra hubiese sido hollada casi en toda su extensión, todavía quedaban regiones por descubrir –razón que, de paso, disipaba la angustia escatológica sentida

entonces por el cumplimiento de la profecía de Jesús (Matth. 24, 14), bien patente en d'Abbeville-. Con todo y con eso, el Paraíso no se hallaba al alcance del hombre; mejor dicho, nadie en el mundo sabía su paradero<sup>175</sup>.

Otro jesuita, B. Perer, dio otra respuesta más racionalista a la cuestión. Probablemente –señaló– el Paraíso no había sido hallado por una doble causa: los infieles, como no creían en la Sagrada Escritura, no se preocupaban de encontrarlo y los fieles, sabedores de que el acceso les estaba prohibido, no se tomaban ese esfuerzo en vano. En cualquier caso la búsqueda, a su juicio, era imposible, pues el Paraíso había sido anegado por las aguas del Diluvio (III 1, 4 ([p. 302]) y el lugar que había ocupado antaño (en Mesopotamia y Armenia) lo habitaban ahora otros pueblos, que no tenían conocimiento del mismo (III 5 [p. 303]). Es curioso que en este punto, la destrucción o desaparición del Paraíso por el Diluvio, concordaran con Lutero algunos biblistas católicos (Steuco, Naclantus, Azambuja, Générard, Galesini).

La opinión de Maluenda camina otra vez por sendas más tradicionales. A juicio de Maluenda el consenso de los Santos Padres y teólogos muestra que las aguas del Diluvio no entraron en el Edén (cap. LXXXIV, p. 274ss.) o, si lo hicieron, no lo destruyeron (cap. LXXXV, p. 276ss.), de suerte que todavía se mantiene en su ser (cap. LXXXIII, p. 268ss.), sirviendo de morada a Elías y Enoc (cap. LXXXVII, p. 281ss.). El Paraíso, pues, aún existe y es accesible (de no ser así, no harían guardia a su entrada los querubines armados de espadas llameantes); pero aunque todo el Oriente había sido recorrido y navegado, pues se había llegado hasta Camboya y Cochinchina, no se ha encontrado sin embargo rastro alguno de él: es que la providencia divina lo ha sustraído a la curiosidad humana valiéndose de mil recursos: enormes desiertos, selvas espesísimas o fieras crudelísimas (cap. LXXXIX, p. 290ss.). Volvemos, pues, a la viejísima tradición de San Jerónimo, remozada por Santo Tomás.

Quedaba aún otra posibilidad. Filón<sup>176</sup> y Orígenes<sup>177</sup> sostuvieron que el Paraíso Terrenal no era más que una alegoría. Aunque esta teoría no llegase a triunfar, nunca faltó quien dentro de los cauces de la Iglesia combinara la exegesis literal con la alegórica. Así lo hizo Jacobo Naclanto, quien, a la literal, añadió una interpretación alegórica de los ríos como representación del Espíritu Santo o de su gracia, añadiendo: “in Gange, qui ferax est auri, donum agnoscat sapientiae et intellectus; in Nilo, qui terram circumit Aethiopiae, donum consilii et fortitudinis; in Tigri donum scientiae et pietatis, et in Euphrate donum timoris Domini”<sup>178</sup>. De la misma manera, Guillermo Postel, colocando el Paraíso en el Polo, pensó que los cuatro ríos no serían más que una figura de la verdad espiritual, a su juicio cuadripartita y derivada de cuatro partes<sup>179</sup>.

\* \* \*

Habiendo llegado al final de nuestro estudio, es hora de recapitular. En primer lugar hay que reconocer que la imagen del Paraíso no sufrió grandes cambios a lo largo

de los siglos, ni siquiera en los comienzos balbucientes de un Nuevo Mundo mestizo. La representación de la caída de Adán que se hizo en Tlaxcala durante la Cuaresma de 1539<sup>180</sup> no difiere gran cosa del escenario que pudieran haber mostrado los dramas vivos del Medievo<sup>181</sup>. Como la idea del Edén sugiere extrema y deleitosa abundancia, el espectador contemplaba multitud de árboles frutales y de animales, pero sobre todo escuchaba el gorjear de las aves: “y era tanto el hablar y gritar que tenían, que a veces estorbaban la representación”, aunque sin duda los trinos de los pajaricos complacían al auditorio tanto como habían embelesado a Colón en sus Indias recién descubiertas<sup>182</sup>. “Había cuatro ríos o fuentes que salían del Paraíso, con sus rótulos que decían Fisón, Geón, Tigris, Eufrates; y el árbol de la vida en medio del Paraíso y, cerca de él, el árbol de la ciencia del bien y del mal”. El lugar se hallaba rodeado de “tres peñoles grandes”, como símbolo evidente de la gran montaña sobre la que se elevaba el Edén. Como se ve, el drama representado en Tlaxcala viene a rematar una tradición secular: la sublimación de un mundo material en el que aparentemente no existe mal alguno.

Mas si la esencia del Paraíso permaneció inmutable, variaron por el contrario sus accidentes. Tales cambios estuvieron motivados por los prejuicios o los anhelos de los hombres, sí, pero también se debieron muchas veces al dictado de los nuevos descubrimientos. No fue entonces un mero capricho, sino un afán de entendimiento, equivocado si se quiere, pero entendimiento al fin y al cabo, el que dio vida a la geografía del Edén. En definitiva, este loco empeño estuvo presidido por la experiencia, en unos casos, y por la ciencia, en otros, ciencia que a veces no fue más que pura Filología; pues Filología son, en suma, los análisis de Goropio y de tantos otros o la tan desenfadada como ingeniosa corrección de Marignolli al texto de la Vulgata.

## NOTAS

<sup>1</sup> Quiero dejar constancia de mi agradecimiento al Prof. D. López-Cañete por haber leído este trabajo y haberme hecho valiosas observaciones.

<sup>2</sup> Sobre la simbología del Paraíso y sus correlatos en las religiones orientales se extienden todos los comentaristas del Génesis; para una aproximación al tema cf. A. Dillmann, *Die Genesis*, Leipzig<sup>5</sup>, 1886, p. 47ss. 54ss. —excelente resumen de la admirable ciencia decimonónica—; C. Schneider, *Reallexikon für Antike und Christentum*, 8 (1972) s.v. ‘Garten’, c. 1055ss.

<sup>3</sup> Aug. *De Gen. contra Man.* II 13 (PL 34, c. 203) *diuiditur in quattuor partes, et quattuor uirtutes significat, prudentiam, fortitudinem, temperantiam, iustitiam.* Cf. Angel. Luxov. *Comm. in Gen.* 2, 14 (PL 115, c. 131); Ioann. Scott. Eriug. *De diuis. nat.* IV 16 (PL 122, c. 816), Rodulf. Glab. *Hist. sui temp.* I 1 (PL 142, c. 613), [Bernard. Clar.] *Sermo* 3, 6 (PL 184, c. 1072). Claro es que no faltan otras explicaciones alternativas: para San Ambrosio (*De Parad.* 3, 16 [PL 14, c. 281]) el Geón es *figura castitatis*. Geón (y no Gihón) es la forma que adoptaron griegos y romanos; y Geón es la forma que utilizaré de aquí en adelante.



- <sup>4</sup> Esta interpretación simbólica, presente ya en Filón (*Interp. Alleg.* I 63), San Cipriano (*Ep.* LXXII 10), San Isidoro (*Quaest. In Vet. Test., In Gen.* 3, 3 [PL 83, c. 216]) y Sedulio Scoto (*Expl. in praef. Hier.* 32 [PL 103, c. 348-49]), fue desarrollada por Christian. Druttm. *Exp. in Matth.* I (PL 106, c. 1264-65) *Per Geon, qui dicitur terrenus, significatur Matthaeus, qui terrena acta de Christo narrauit. Per Tygrim, qui uelocitas interpretatur, Marcus, qui cursim acta Domini exposuit. Per Eufratem, qui fertilitas interpretatur, Lucas, qui uberius et latius Domini gesta decurrit. Per Phison, qui insufflatio potest dici, Ioannes, qui excellentius afflatus Spiritu Sancto de Domini dignitate attigit.* Cf. asimismo Rab. Maur. *Comm. in Gen.* 12 (PL 107, c. 479), *De uniu.* 10 (PL 111, c. 318); Walafr. Strab. *Expos. in quatt. euang.* (PL 114, c. 861); Angel. Luxov. *Comm. in Gen.* 2, 14 (PL 115, c. 130), Innoc. III *Serm.* 3 (PL 217, c. 606). Un comentario anónimo a los evangelios (*Exp. Euang.* [PL 30, c. 533 A]) trae el mismo parangón, pero trastocando por error el Tigris y el Geón: *Fison, insufflatio, significat Ioan-nem; Geon, uelocitas, significat Matthaeum; Tigris, felicitas, significat Marcum; Eufrates, fertilitas, significat Lucam.* Para esta interpretación simbólica en el arte cf. Patch, p. 162ss.
- <sup>5</sup> *Lib. Geneal.* I 52-54 (MGH AA IX, p. 95; PL 3, c. 660 C) *Habet autem lafet flumen Tigridem, qui diuidit Mediam et Babyloniam, Sem autem Eufratem et Cham Geon, qui uocatur Nilus* (cf. *Lib. Geneal.* 159, 163 y asimismo [para el Eufrates] 111 [MGH AA IX, p. 167 y 168]; Beda *Chron.* 28 [MGH AA XIII, p. 254]; Ado Vienn. *Chron.* [PL 123, c. 28]). La asociación se debe aquí a una concepción geopolítica: en efecto, según tradiciones judías (cf. Joseph. *Ant.* I 143), el Eufrates marcaba la frontera de los dominios de Sem y sus hijos, y lo mismo cabía decir del Nilo respecto a los territorios de Cam y su descendencia.
- <sup>6</sup> Antonio de Torquemada explicó la razón de que los ríos del Edén hubiesen perdido sus antiguas virtudes de la siguiente manera: "por razón avían de tener más virtud que todos los otros del mundo; y assí debía de ser en el tiempo que salían del Paraíso y lo regavan; pero después que se mudaron sus fuentes y manantiales, como cessasse la causa principal, cessaría todo lo demás para no tener la virtud que antes tenían" (*Jardín de flores curiosas*, f. 95r).
- <sup>7</sup> En las *Ranas* de Aristófanes (313ss.) al sonido de la flauta (cf. Pind. *Pyth.* X 39) se añade el olor de las teas como anuncio de que se ha llegado a la morada de los bienaventurados; pero lo fundamental sigue siendo la luz de la antorcha (la antorcha de los misterios), y no el tufo a resina. Virgilio (*Aen.* VI 658) habla también de un *odoratum lauri nemus*, mas el Elisio queda definido por el *largior aether* y el *lumen purpureum* (640). Luz, brisa marina y flores hacen la vida placentera a los justos (Pind. *Ol.* 2.79ss.), a los que, sin embargo, reconforta, ya en un fragmento muy órfico del propio Píndaro (frg. 129 Snell, 8) la ὀδμῶν asociada con la quema del incienso. Cuando Homero celebra el perfume penetrante cuyo aroma llega tanto al cielo como a la tierra se refiere no al Olimpo, sino al aceite ungüentado que usa Hera para seducir a Zeus (*Il.* XIV 174). Puede que este nuevo elemento, de raíz oriental, que se incorpora a la concepción del Edén sea una traslación de las míticas tierras aromáticas, cuyo aire resultaba casi irrespirable a los mortales por el perfume embriagador de la droga. El hedor más terrible, como es lógico, caracteriza por oposición al infierno.
- <sup>8</sup> Valerio del Bierzo (*Ad Don.* I, p. 112 Fernández Pousa) relata la visión ultraterrena de un copista de libros, Máximo, que arrebatado en un éxtasis alcanzó a contemplar el río que fluía por medio del Edén: su agua olía a bálsamo y relucía blanquísima sobre la arena de plata; y Máximo probó de ese agua, que no se podía comparar en modo alguno al agua de la Tierra.
- <sup>9</sup> Según Odorico de Pordenone (I 4), el agua de Erzurum es excelente, ya que nace del río Eufrates. La misma deducción hace un falso viajero franciscano: en la ciudad de Graciana, en África, "ay muchas aguas e buenas de las que salen del Polo Antártico, do diz que es el Paraíso Terrenal" (*Libro*, p. 63). Con el tiempo se complicaron las virtudes de los ríos del Paraíso, equiparados a los ríos de la época mesiánica: en el Edén musulmán fluyen ya con leche, vino y miel (Corán XLVII 16-17).
- <sup>10</sup> Esta doctrina se mantuvo hasta bien entrado el s. IV: así lo muestran *Chron. Alex.* 201 (MGH AA IX, p. 111) *Indus qui uocatur Fison.*
- <sup>11</sup> En efecto, sus aguas no sólo fertilizan en su crecida a Egipto, sino que tienen también efectos beneficiosos para propiciar la fecundidad de las mujeres. *Nilo fetifer potu* dice Plinio (*N.H.* VII 33,

cf. IX 179, Strab. XV 695, Sen. *N.Q.* III 25, Plut. *De Isid. et Osir.* 5, Ael. *H.A.* III 33; Mart. Legion. *Serm.* 7 [PL 208, c. 581-82]: *Hic apud Aegyptios Nilus uocatur propter limum quem trahit, qui efficit fecunditatem* y la misma aseveración repiten después los viajeros a Tierra Santa (Affagart [p. 164]: “les femmes stérilles qui continuent à boyre de ceste eaue sont preparées et disposées a fécondité”; Anania [p. 330]: “toglie di più per la sua proprietà la sterilità alle donne”). Y es más: según E. Piloti [p. 28], los hombres que la beben “ne sentent jamais mal de stomac, ne mal de pierre, ne gottes, ne teilx terribles mortelx maulx”). No paran aquí las cosas. Según Esquilo (*Suppl.* 561, cf. *Prom.* 831), el agua del Nilo estaba libre de enfermedades. Teofrasto (*apud Athen.* 41 F) encareció asimismo su bondad, añadiendo a su fertilidad la dulzura: ὕδωρ πολυγονώτατον καὶ γλυκύτατον. Pero la *Historia Augusta* saca de esta dulzura una consecuencia inopinada: *tanta illius fluminis dulcitudine, ut accolae uina non quaerant* (*SHA Pescenn. Nig.* 7, 8). Lo mismo dice Aquiles Tacio (IV 18, 4-5): ἀὐτὸν ἄκρατον ὁ Αἰγύπτιος πίνων οὐ φοβεῖται, Διονύσου μὴ δεόμενος. ¿Por qué razón prevalece aquí el agua sobre el vino, preferencia que recuerda a los debates poéticos medievales? La causa última nos la explica un viajero muy posterior, Pero Tafur: “El agua d’esta riuera es la mejor que yo fallé; bien paresçe agua de Paraíso; en el tiempo que yo allí estuue jamás non beuî sino d’esta agua, pudiendo beuer buen uino” (p. 75). En Aquiles Tacio y en la *Historia Augusta*, pues, a pesar de su paganismo, parece que se ha colado una creencia judeo-cristiana, la de atribuir bondades nunca vistas al río Nilo por venir del Paraíso; y un eco de la misma idea da la impresión que se halla en Heliodoro (*Aeth.* II 28), cuando achaca la bondad del agua del Nilo a su origen celeste (πιεῖν τέ ἐστι γλυκύτατος ἅτε ἐξ ἄμβρων οὐρανόων χορηγούμενος). Por último, el profeta Jeremías (2, 10) había hablado del cenagoso Geón, epíteto que se puede aplicar a infinidad de ríos. Sin embargo, la autoridad del profeta y la identificación consabida del Geón con el Nilo hicieron que todos los visitantes de Egipto destacasen esta característica del Nilo: “est trouble et plus blanc que c’est le flun Jourdain”, afirma Ogier d’Anglure (p. 421); “dízese limado y aun térreo [γη-ών] por ser limoso”, observa Breidenbach (f. 149v); “ceste eaue est fort trouble”, apunta Affagart (p. 162); “su agua es muy limosa”, dice B. de las Casas (*Historia de las Indias*, I 129 [BAE 95, p. 344 b]).

<sup>12</sup> *Aen.* IX 31. La escatología de Virgilio tiene evidentes influjos orientales: el poeta convierte al Eridano en un río del Paraíso, al hacerlo fluir del Elisio (*Aen.* VI 658-59). Homero aplica a los ríos el epíteto de διπετής, que suele traducirse por ‘tombant du ciel’, ‘fallen from Zeus’; mas en realidad son las lluvias caídas del cielo las que acrecientan el caudal de los ríos.

<sup>13</sup> Ramusio, VI, p. 1053.

<sup>14</sup> *Cosmografia*, p. 253.

<sup>15</sup> II 11.

<sup>16</sup> Arrian. *Ind.* 5, 5; Strab. XV 690ss.; *Peripl. mar. Eryth.* 63; Plin. *N.H.* VI 65. A la misma conclusión que Alejandro llegó el geógrafo árabe Aljahiz (cf. la agria censura de al-Biruni, cap. XVIII [I, p. 204]).

<sup>17</sup> *Ant.* I, 1, 3.

<sup>18</sup> Theoph. Antioch. *Ant. ad Aut.* II 24 (dejando sin identificar el Fisón); Hippol. *Chron.* 239; Dionys. Alex. *apud Euseb. H.E.* VII 21, 7 (Geón = Nilo); Ambr. *De Parad.* 3, 14 (PL 14, 280 B: Geón, Fisón = Nilo, Ganges), *De Abraham* II 10 (PL 14, 489-90); Hieron. *Ep.* 125, 3 (Fisón = Ganges), *De situ et nom. loc. Hebr.* (PL 23, c. 945: Geón = Nilo), *De situ et nom. loc. Hebr.* (PL 23, c. 938) y *Lib. Hebr. quaest. in Gen.* (PL 23, c. 989: Fisón = Ganges); Aug. *De Gen. contra Man.* II 10 (PL 34, c. 203); *De Gen. ad litt.* V 7, 21 y VIII 7, 13 (PL 34, c. 328, 378: Geón Fisón = Nilo Ganges); Eucher. *Instruct.* II 6 (PL 50, c. 818 Geón Fisón = Nilo Ganges); Arnob. *Comm. in Psalm.* 104 (PL 53, c. 481: Geón = Nilo). Identifican los cuatro ríos Alcim. Auit. *Poem.* I 260ss. (PL 59, 329-30); Claud. Mar. Vict. *Aleth.* 275ss., *Comm. in Gen.* (PL 61, c. 944); Epiphani. *Ancyr.* 58; Philostorg. *H.E.* III 10 (PG 65, c. 493); Pseudo-Callisth. III 7; Cosm. Ind. II 81. Sobre el Geón = Nilo cf. Maluenda, cap. XXVIII-XXXVIII (pp. 74-117), con mil excursus sobre su fuente, curso, cataratas, crecidas y causas de las mismas, amén de otras curiosidades. Sobre el Fisón = Ganges cf. Maluenda, cap. XXX-XLVII (pp. 117-144). Véase además W. Wolska-Conus, *Reallexikon für Antike und Christentum*, 10 (1978) s.v. ‘Geographie’, c.

213-14. Para la representación de los ríos del Paraíso en el arte cristiano primitivo cf. E. Dinkler- von Schubert, *Reallexikon für Antike und Christentum*, 8 (1972) s.v. 'Fluss', II, c. 90ss.

- <sup>19</sup> *Exp.* 4. Normalmente se suele admitir que se trata de una interpolación más tardía. Pero el texto tiene asimismo un barniz cristiano, que ha pasado desapercibido a los editores, en otro pasaje referente también a los camarinos: *Camarini panem enim caelestem cotidianum accipiunt* (12), eco evidente de la oración del Padre Nuestro. En las ὄδοιπορίαι griegas coetáneas se lee Μάκκαρινοι en vez de *Camarini*, sin duda por influjo de μάκκαρ. No es el único ejemplo de intromisión de creencias religiosas en las Geografías tardías, que a veces recogen sin querer explicaciones fantasiosas de los guías turísticos cristianos, como la curiosa identificación de las Pirámides con los graneros mandados construir por José (así lo señala la versión B, fuertemente cristianizada, de la *Cosmografía* de Julio Honorio (45, p. 51 Riese); cf. también Bernard. Franc. *Itiner.* (PL 121, c. 570); Mandeville 7 (II, p. 256); O. d'Anglure, p. 421ss.; Breidenbach, f. 153r [refutando expresamente la tradición]. Refirieron la realidad Ibn Battuta [p. 138] y P. Belon [p. 310ss.]. Está asimismo por estudiar el peso que tuvo el latín de la Biblia en los tratados técnicos y sobre todo en los textos legales. Así, cuando el legislador del *Codex Theodosianus*, prohibiendo el riego furtivo, se refirió a *hortorum delicias* en XV 2, 7 pensó sin duda en la expresión cristiana *hortus deliciarum* (en el Génesis siempre *Paradisus uoluptatis*, pero cf. Ez. 28, 13 *delicis Paradisi*, Mich. 2. 9 *ieicistis de domo deliciarum*).
- <sup>20</sup> E. Honigmann, *RE* s.v. 'Tigris' (1936), c. 1009ss.
- <sup>21</sup> Pausan. II 5, 3, Philostr. *Vit. Apoll.* I 20. El curso subterráneo de algunos ríos —entre ellos, el Nilo y el Tigris— había sido defendido —esta vez más racionalmente— por Séneca (*N.Q.* VI 8). Otros ejemplos mitológicos de ríos que cruzaban el mar eran el Asopo, identificado con el Meandro (es el ejemplo que había inducido a Pausanias a hablar del Eufrates y del Nilo), y el Peneo, que volvía a salir en Siracusa disfrazado de fuente Aretusa.
- <sup>22</sup> *In cap. 2 Gen. homil. 13* (PG 53, c. 110).
- <sup>23</sup> *De Gen. ad litt.* VIII 7 (PL 34, c. 378). Entre los medievales cf. por ejemplo Beda *Hexaem.* I (PL 91, c. 45).
- <sup>24</sup> Teodoret. *Quaest. in Gen.* 29 (PG 80, c. 125ss.); Severian. Gabal. *De mundi creat.* V 6 (PG 56, c. 479).
- <sup>25</sup> *Etym.* XIV 3, 2-4. Cf. Beda, *Hexaem.* I (PL 91, c. 43: *nonnulli uolunt*) = Raban. Maur. *Comm. in Gen.* I 12 (PL 107, c. 476); Walafr. Strab. *Gloss. In Gen.* 2, 8 (PL 113, c. 86); Angel. Luxov. *Comm. in Gen.* 2, 8 (PL 115, c. 128: *iuxta quidam*); Remig. Autiss. *Comm. in Gen.* 2, 8 (PL 131, c. 60); [Honor. August.] *Imago mundi*, I 8 (PL 172, c. 123); Petr. Abaelard. *Exposit. in Hexaem.* (PL 178, c. 775); Pedro Coméstor (*Hist. Schol. Gen.* I 13 [PL 198, c. 1067]); Mart. Legion. *Serm.* 7 (PL 208, c. 581-82); Brunetto Latini *Le livre du Tresor* (en A. Pauphilet, *Jeux et Sapience du Moyen Âge*, París, 1951, p. 761 y 766); Juan de Mandeville (33 [II, p. 404]); *El caballero Cifar* pp. 400-01 (ed. de C. González).
- <sup>26</sup> *Summa theol.*, prim. pars, quaest. 102, art. 1-2 (I, p. 618ss.). De crear a Santo Tomás, el lugar donde se halla situado el Paraíso es el más noble de la tierra, pues el Oriente es la derecha del cielo; en su época era ya doctrina común su emplazamiento en el ecuador, aunque al santo esa opinión no le pareciera muy probable. Nada nuevo añade al respecto Vicente de Beauvais en su *Speculum historiale* I 63 (Venecia, 1494, f. 8v); sobre los cuatro ríos cf. su *Speculum naturale* V 33-38 (Venecia, 1494, f. 54v-55r); cf. Hugo de S. Victore *Annot. in Gen.* 2.
- <sup>27</sup> La fantástica relación se encuentra en PL 73, c. 414ss. Hizo de ella un penetrante análisis M. Asín Palacios, *La escatología musulmana*, p. 277ss. (cf. además Patch, p. 174ss.).
- <sup>28</sup> Isid. *Etym.* XIII 21, 7-10. Lo mismo dice Bartolomé Ánglico (o de Glanville), *De proprietatibus rerum*, XV 51 (Heidelberg, 1488): "Evilat prouintia est in superiori India ab Oriente incipiens et longo terrarum tractu uersus septentrionem se diffundens... Hanc regionem perfluit Ganges fluuius, qui alio nomine Phison in libro Geneseos nuncupatur"; Juan de Mandeville (33 [II, p. 405]); *El caballero Cifar*, pp. 400-01 (ed. de C. González), hablando del reino fabuloso de Tígrida (la tierra del Tigris) y llamando por error Fisón al Nilo. Todavía en el s. XVI se siguió admitiendo la identidad de Nilo y Ganges con Geón y Fisón: así Antonio de Honcala en su obra, dedicada al cardenal Silíceo, *Commentaria in Genesim*, Alcalá de Henares, 1555, cap. 2, ff. 24v-25r (conviene recordar que en Salamanca comentó Silíceo el

Génesis, con la ayuda de Pablo Coronel y del propio Honcala), o el repertorio de nombres propios que cierra la edición de la Biblia publicada por Th. Guarino en Basilea, 1563, p. 220 a (s.v. 'Gehon') y 249 a (s.v. 'Phison'). Se mostró deliberadamente ambiguo Isidoro Clario: "*Phison*. Aliqui interpretantur Gangem, alii Nilum, sicut etiam duplex est Euilach, una in Aphrica, quam putant Getuliam, alia in India. Sic Gihon quidam putant esse Nilum, alii fluium esse contendunt in Mesopotamia, dicentes non hanc esse illiam Aethiopiam sub Aegypto, sed aliam in Arabia" (*Biblia sacrosancta ueteris ac noui testamenti... auctore Isidoro Clario Brixiano ex Monacho Casinate Episcopo Fulginatensi ex secunda eius recognitione*, Venecia, 1564, p. 2).

<sup>29</sup> "Paradisus autem in oriente in altissimo monte, de cuius cacumine cadentes aque maximum faciunt lacum in suo casu ac tantum faciunt strepitum et fragorem, quod omnes incole iuxta predictum lacum nascuntur surdi ex immoderato sonitu et fragore sensum auditus in paruulis corrumpente, ut dicit Basilius in Exameron, similiter et Ambrosius. Ex illo lacu velut ex uno fonte procedunt illa flumina quattuor" (*De propr. rer.* XV 112; sobre los ríos del Paraíso cf. *ibidem*, XIII 3-6). Con toda razón anota B. de las Casas a la cita de Bartolomé Ánglico: "Esto no lo dicen San Ambrosio ni San Basilio" (*Historia de las Indias*, I 145 [BAE 95, p. 389 a]).

<sup>30</sup> Encareciendo su altura se llegó a decir que el Paraíso llegaba hasta el círculo de la luna; así se salvaba la dificultad de que las aguas del Diluvio no lo hubieran cubierto. Esa opinión sustentaron Walafrido Estrabón (*Glossa in Gen.* [PL 113, c. 86]), Pedro Coméstor (*Hist. Schol. Gen.* I 13 [PL 198, c. 1067]), Vicente de Beauvais (*Speculum naturale* XXX 4 [Venecia, 1494, f. 376v]), Pedro Lombardo (*Sententiarum libri quatuor* II, dist. 18, 6 [ed. de Amberes, 1757, p. 227]), Bartolomé Ánglico (*loc. cit.*), etc. Sin embargo, como señaló Santo Tomás, ese lugar no era apto para la vida humana. Juan Damasceno, más comedido, se limitó a señalar que el Edén estaba más alto que toda la tierra (*De fide orth.* II 11 [PG 94, c. 913]).

<sup>31</sup> También se supone que el sol hace enorme estrépito al salir en Oriente y al ponerse en Occidente: cf. Juan de Pian del Càrpine 5, 16 (J. Gil, *En demanda del Gran Kan*, p. 193 y nota 108).

<sup>32</sup> *Apud van den Wyngaert*, p. 532.

<sup>33</sup> Carta del Preste Juan, 22ss. y 27ss. (p. 912 y 912-13 Zarnke), respectivamente.

<sup>34</sup> 18 (II, p. 326) y 33 (II, p. 405). Según Mandeville, el agua del Paraíso regaba otras partes: el baño de Jesús, p.e. (11 [p. 276]). Una leyenda semejante a la fuente de la juventud circulaba en Oriente: contaron a Guillermo de Rubruc (29, 49) que, más allá de Cataya, había una región en la que el hombre seguía teniendo la misma edad que tenía cuando entró.

<sup>35</sup> Así la *Crónica* de Alberico de Trois Fontaines (MGH SS XXIII, p. 824).

<sup>36</sup> Es tradición que al-Kawtar, 'la abundancia' (Corán 108. 1), es el nombre de uno de los ríos del Paraíso musulmán; pero no se especifica a cuál de ellos correspondería tal designación.

<sup>37</sup> Nada indica al respecto el artículo de B. Spuler en la nueva *Encyclopédie de l'Islam*, s.v. 'Amu Darya' (Leiden-París, 1960, I, p. 467).

<sup>38</sup> Cf. Ibn Battuta, p. 137.

<sup>39</sup> 37, 1 (cf. J. Gil, *La India y el Catay*, p. 506 n. 282 y *En demanda del Gran Kan*, p. 104 n. 190).

<sup>40</sup> *Viaje*, p. 141 ed. de López Estrada.

<sup>41</sup> *Histoire de Saint Louis*, 40 (ed. de N. de Wailly, París, 1874, p. 103ss.)

<sup>42</sup> Según Bartolomé Ánglico, "de ligno autem aloes dicitur in Plateario: Aloes est lignum calidum et siccum quod recipitur in magno flumine Babilonie, cum coniungitur Tigris, fluius Paradisi; unde a pluribus creditur quod predictum lignum inter Paradisi arbores oriatur et casu aliquo uel impulsu de Paradiso ad flumen Indie deducatur" (*De propr. rer.*, XVII 5). Poe eso señaló Mandeville que el álaoes "cest une maniere de boys, qui vient du Paradis Terrestre, qui est bon en plusieurs manieres de medicine et si est bien chier" (8 [II, p. 258]). Otro tanto sustentó Affagart (p. 161), pero no basado en su propia experiencia, sino en sus lecturas: "au rivaige [del Nilo] se trouue le vroy aloès, et sont branches d'arbres de Paradis Terrestre". Esta localización del palo de álaoes en Egipto hace más comprensible la equívocación de Pero Tafur cuando, mal interpretando a Nicolò de' Conti, añadió a las

maravillas propias del Nilo el recuerdo postizo de Santo Tomás y trasplantó de Mailapur a África su famoso milagro: el madero que movió el apóstol fue “un árbol de linóloe tan grande qual nunca fue visto”, que “vino por la rivera del Nilo... e encalló allí en la tierra” (p. 109). La madera de áloes, como es lógico –y más apropiado–, crece también a orillas del Ganges (así Mandeville, 33 [II, p. 405, en adición]).

<sup>43</sup> 37, 24. Según su costumbre, de Rubruc toma el dato Mandeville (16 [II, p. 313]).

<sup>44</sup> Cf. Weissbach, *RE* s.v. Euphrates (1907), c. 1198,10ss.

<sup>45</sup> I, 4.

<sup>46</sup> *Viaje*, p. 88.

<sup>47</sup> *Apud* van den Wyngaert, p. 522.

<sup>48</sup> *Ibidem*, pp. 532-33.

<sup>49</sup> Cf. la retórica tirada de Lucan. *Phars.* X 268ss.

<sup>50</sup> Cf. Ptol. *Geogr.* IV 8, 2.

<sup>51</sup> *Suet. Nero* 19,2.

<sup>52</sup> *N.Q.* VI 8, 3-5.

<sup>53</sup> Según E. Honigmann (*RE* s.v. ‘Nil’ [1936], c. 559, 65ss.), podría tratarse de los montes Crofi y Mofi, situados entre Siene y Elephantine, enmedio de los cuales, según decían los sacerdotes egipcios, nacía el río (Herod. II 28, 2ss.). En *N.Q.* IV 1, 7 (cf. Lucan. X 325) Séneca asegura que a esos dos peñascos (*scopuli*) los llamaban los naturales “venas del Nilo”. También Esquilo supone que el río salía Βυβλίων ὄρων ἄπο (*Prom.* 811), aun afirmando, hiperbólicamente, que sus fuentes lindaban con los últimos confines del imperio persa (*Pers.* 311-12). Según Teócrito (VII 114), a partir de la roca de los blémies el Nilo se convertía en invisible: otra vez, verosímelmente, nos encontramos con la misma tradición y hasta probablemente con el mismo topónimo (*blb/-/ blm-*).

<sup>54</sup> De una gruta profundísima, llamada “cabecera del Nilo”, habla un monje, Faber, en un viaje del s. XV (citado por J. C. F. Baehr, *Herodoti Halicarnassensis Musae*, Leipzig, 1856, I, p. 484).

<sup>55</sup> Pero Tafur, *Viaje*, pp. 102-03.

<sup>56</sup> Así lo atestiguan los libros sánscritos (Matsyapurana, Vayupurana, Ramayana) y así lo señalaron tanto al-Biruni (cap. XXV [I, p. 261], LXVI [II, pp. 143-44]) e Ibn Battuta (p. 504) como Tomé Pires (cf. A. Cortesão, *A Suma Oriental de Tomé Pires e o livro de Francisco Rodrigues*, Lisboa, 1973, p. 222).

<sup>57</sup> *Historia de las cosa más notables, ritos y costumbres del gran Reino de la China*, II 3, 23 (Madrid,, pp. 383-84). El pasaje fue citado crípticamente por Maluenda, cap. LI (pp. 161-62).

<sup>58</sup> Manejo la buena traducción portuguesa de A. Pos-R. Loureiro, *Itinerário, Viagem ou Navegação de Jan Huygen van Linschoten para as Índias Orientais ou Portuguesas*, Lisboa, 1997, cap. 16, p. 108.

<sup>59</sup> *Viaje del mundo*, libro III, cap. 12 (*NBAE* 2, p. 438 a).

<sup>60</sup> Parece que ya Tertuliano colocó el Paraíso en los Antípodas, separado como estaba del mundo “por la pared de la zona ígnea”, es decir, de la zona Tórrida (*Apol.* 47, 13).

<sup>61</sup> Es un rasgo que caracteriza a la musulmana según M. Asín Palacios (*La escatología musulmana*, pp. 222-23); pero tanto el judaísmo como el cristianismo tienden a hacer estas correspondencias: el primero que expresó en el Islam esta idea de la simetría entre las dos Jerusalén, la celestial y la terrestre, fue un judío converso. Por otra parte, la superposición de Infierno, Purgatorio y Paraíso me parece último eco de la disposición tripartita del arca cuadrada de Noé: sus tres cubiertas (Gen. 6,16) dieron lugar a muy diversas simbologías.

<sup>62</sup> *Purgatorio*, IV 67ss.

<sup>63</sup> *Purgatorio*, XXVIII 126ss.

<sup>64</sup> En efecto, según M. Asín, se trata de una reminiscencia de la Ascensión de Mahoma (*La escatología musulmana*, pp. 65-66, 112, 179): los admitidos al cielo se purifican en tres ríos que son “símbolos de la misericordia, de la gracia y de la gloria divinas” (p. 61); y otros autores islámicos hablan del baño en sólo dos ríos (p. 197). Patch (p. 192) prefiere pensar en un desdoblamiento del motivo virgiliano.

<sup>65</sup> 6, 6.

<sup>66</sup> 7, 1.

<sup>67</sup> Edición de M. Jiménez de la Espada, pp. 65-66. Allí se da otra notable precisión: "Los griegos dizen a este lugar *ortodoxis* (i) e los ebraicos dízenle *ganheden* ['Gan Eden'] e los latinos *Paraíso Terrenal*".

<sup>68</sup> Sin embargo, el franciscano desdobra los montes de la Luna, que pone en el reino de Gotonie; en ellos vuelven a encontrarse los hormigueros de oro, señal clara de la duplicación (pp. 59-60). De la misma manera en Oriente está, según nuestro autor (p. 88), una "ínsula Paradisus", esto es, el Paraíso en su versión original.

<sup>69</sup> *Commentaria in Psalmos*, Valencia, 1484. Traduje el texto en cuestión en "Los pasajes cosmográficos de los comentarios a los salmos de Jaime Pérez de Valencia", *Mar Oceana*, 2 (1995) 265-66.

<sup>70</sup> Como se ha señalado certeramente, "Amenuan", "Amemian" o "Ametian" corresponde al topónimo "Menman" del mapa Estense, "a orillas de un río que desemboca en el golfo de Guinea" (M<sup>a</sup> Jesús Lacarra-M<sup>a</sup> del C. Lacarra-Alberto Montaner, *Libro del conocimiento de todos los rregnos et tierras et señoríos que son por el mundo*, Zaragoza, 1999, p. 200).

<sup>71</sup> La noticia la da el Atlas de 1375: "Partich l'uxer d'en Jacme Ferrer per anar al riu del Or al gorn de Sen Lorens, qui és a .X. d'agost qui fo en l'any .M.CCCXLVI". Cf. G. Grosjean, *Mapamundi del año 1375 de Cresques Abraham y Jafuda Cresques*, Barcelona, 1893, p. 33; A. Cortesão, *The Nautical Chart of 1424 and the Early Discovery and Cartographical Representation of America*, Coimbra, 1954, p. 49.

<sup>72</sup> D. López-Cañete, *Diogo Gomes de Sintra. El descubrimiento de Guinea y de las islas Occidentales*, Sevilla, 1991, p. 12.

<sup>73</sup> LXI-LXII. Cf. asimismo D. Pacheco Pereira, *Esmeraldo de situ orbis*, I 5 (ed. de E. da Silva Dias, Lisboa, 1905, p. 28ss.), 27 (p. 81ss.).

<sup>74</sup> Así lo afirmó el rey Juba (cf. Plin. *N.H.* V 51ss.), Dalión (Plin. *N.H.* VI 194); cf. además Vitruu. VIII 2, 6ss., Cass. Dio LXXV 13, 3-5, Paul. Oros. I 2, 31, *Cosmogr.* 12 (p. 93 Riese), etc. y entre los modernos A. León Pinelo, II, p. 390 y E. Honigmann, RE s.v. 'Nil' (1936), c. 557, 39ss. Todavía el autor del relato de J. Lock anotó que el Nilo y el Senegal (a su juicio, el Nigritis) tenían las mismas características (Hakluyt, IV, p. 58).

<sup>75</sup> Remig. Autiss. *Comm. in Gen.* 2, 10 (PL 131, 61) *Phison autem in Caucaso monte oritur: Geon juxta Atlantem Mauritaniae: Tygris et Ephrates in Armenia*; [Honor. August.] *Imago mundi* (PL 172, c. 123) *Geon, qui et Nilus, iuxta montem Athlantem surgens, mox a terra absorbetur, per quam occulto meatu currens, in littore Rubri maris denuo funditur, Aethiopiam circumiens per Aegyptum labitur, in septem ostia divisus, magnum mare juxta Alexandriam ingreditur* (copia esta fuente Mart. Legion. *Serm.* 7 [PL 208, c. 581]); *El caballero Cifar* p. 400 (ed. de C. González).

<sup>76</sup> Ibn al-Fakih, al-Bakri, al-Idrisi, etc. (cf. J. H. Kramers en *Encyclopédie de l'Islam*, s.v. al-Nil, I, pp. 40-41).

<sup>77</sup> Gomes Eanes de Azurara, *Crónica* 59 (II, p. 254 ed. Dias Dinis). La nota de Dias Dinis en parte está equivocada.

<sup>78</sup> Las ediciones quinientistas de *La Salade* (así en la de París, 1522) reproducen un mapamundi, que deriva sin duda del autor: el *locus Paradisi terrestris* es en una gran isla circular en el extremo de Oriente, un poco encima del ecuador (facsimil en A. E. Nordenskiöld, *Facsimile-Atlas*, Estocolmo, 1889, p. 36; cf. p. 100 b).

<sup>79</sup> Cf. los extractos publicados por F. Mora-Lebrun, *Le Paradis de la reine Sibylle*, Stock/Moyen Âge, 1983, p. 65ss.

<sup>80</sup> "Et dit on en ce pays que toutes les douces eaues du monde, dessus et dessous, prennent leur naissance de celle fontaine", es decir, la fuente del Paraíso (Mandeville 33 [II, p. 405]).

<sup>81</sup> II. XXI 195ss., cf. Hes. *Theog.* 337ss., 365ss. De ahí que Cervantes lo llame "el gran padre de las aguas" (*El celoso extremeño en Novelas ejemplares*, ed. F. Rodríguez Marín, Clás. Cast., II, p. 89).

<sup>82</sup> *Viaje*, p. 165.

<sup>83</sup> P. 33 (II, p. 406).

- <sup>84</sup> Cf. la *Relación del tercer viaje* (p. 380 Varela-Gil).
- <sup>85</sup> Azurara, *Crónica* 60 (II, p. 261).
- <sup>86</sup> *Historia de las Indias*, I 141-45 (BAE 95, pp. 377-90). Excusa los excesos de imaginación del almirante A. de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra Firme del mar Océano*, Madrid, 1601, Dec. I, libr. III, cap. 12 (p. 107 b).
- <sup>87</sup> 17, 2 (pp. 473-74).
- <sup>88</sup> De Odorico tomó esa noticia Mandeville (21 [II, p. 341]). Del Pico de Adán y del lago hay un vago recuerdo en Pero Tafur (p. 101) a través de Nicolò de' Conti.
- <sup>89</sup> *Apud* van den Wyngaert, p. 538.
- <sup>90</sup> P. 690ss. La cita también Abu Hamid, *al-Murib*, p. 74 (al describir el monte al-Rahun) y *Tuhfat*, p. 30, 71.
- <sup>91</sup> Por esta razón algunos comentaristas antiguos trataron de salir del atolladero entendiendo que los cuerpos de nuestro primeros padres, antes transparentes, se habían cubierto de piel opaca tras el pecado original (cf. Dillmann, *Die Genesis*, p. 81). Según C. a Lapide (I, p. 110 a), "non... unum par in quaque specie, ut vult Theodoretus [*Quaest. in Gen.* 39 [PG 80, c. 137ss.], sed plura initio creavit Deus".
- <sup>92</sup> *Apud* van den Wyngaert, pp. 539-40.
- <sup>93</sup> Cf. Asín Palacios, *La escatología musulmana*, p. 195ss.
- <sup>94</sup> Con motivo de la estancia de D. Lorenzo de Almeida en Ceilán en 1506 se refirieron a la pisada de Adán, como de un codo de largo y medio de ancho, G. Correa (*Lendas da India* [ed. de M. Lopes de Almeida, Oporto, 1975, I, p. 650-51]) y F. Lopes de Castanheda (*Historia da India* II 22 [ed. de M. Lopes de Almeida, Oporto, 1979, I, pp. 262-63]); con motivo de su conquista por Lope Soares de Albergaria en 1516 describió la isla J. de Barros (*Decadas*, III 2, 1 [ed. Lisboa, 1777, V, p. 115-16]); por cierto que, según Barros, el presunto Adán era "hum homem santo natural do Reyno Delij, que he abaixo das fontes dos rios Indo e Gange". Véase además Varthema, *Itinerario* (ed. de P. Giudici, Milán, 1928, p. 247). Sobre las relaciones de los portugueses con Ceilán cf. el libro excelente de J. Flores, *Os portugueses e o mar de Ceilão. Trato, diplomacia e guerra (1498-1543)*, Lisboa, 1998.
- <sup>95</sup> La leyenda estaba ya fijada en 1552, cuando vemos al padre Francisco Pires referirse a las huellas del pie dejadas por Santo Tomás en Paripe (S. Leite, *Cartas dos primeiros jesuítas do Brasil*, São Paulo, I, 1954, p. 397). Sin embargo, todos los escritores del siglo XVI y XVII (Tomás Bozio [*De signis Ecclesiae Dei libri XXVIII*, IV 3 [Roma, 1591, p. 132]; cf. además XVII I [p. 196]; XX 3 (p. 319), T. Maluenda [*De Antichristo libri XI*, Romae, 1604, p. 170 a], Solórzano Pereira (*De Indiarum iure siue de iusta Indiarum Occidentalium inquisitione, acquisitione et retentione*, Madrid, 1629, p. 188ss.), A. de la Calancha (*Corónica moralizada del Orden de San Agustín en el Perú*, Barcelona, 1638, II 2, p. 317) y León Pinelo [I, p. 217ss.]) están de acuerdo en atribuir la magna invención al padre Nóbrega, que habría dado cuenta de su sensacional hallazgo a Martín de Azpilcueta en 1549; está carta no la encuentro en la colección de Leite. A los jesuitas portugueses se remitió asimismo fray B. de las Casas al hablar de la presencia de Santo Tomás en el Nuevo Mundo (*Historia de las Indias*, I 165 [BAE 95, p. 465 a]; A. de Remesal, *Historia general de las Indias occidentales*, V 7 [BAE 175, p. 355]). No habla de la predicación de Santo Tomás en América el franciscano Juan de Pineda, *Monarchía eclesiástica*, Barcelona, 1594, II, f. 86v ss.
- <sup>96</sup> Así lo atestiguaron Conti, Maximiliano Transilvano y Pigafetta (cf. H.Yule-A.C.Burnell, *Hobson-Jobson*, reimpr. Calcuta, 1990, pp. 94-95). Los "uccelli di Dio... si tengono in gran prezzo appresso i Mori, pensando che vengano dal Paradiso Terrestre" (Anania, p. 273).
- <sup>97</sup> De la Taprobana como lugar del Paraíso leyó algo C. a Lapide (I, c. 82 b), pero se olvidó de especificar dónde.
- <sup>98</sup> Cf. sobre la cuestión la completa monografía de J. M. Alves, *O domínio do Norte de Samatra. A história dos sultanatos de Samudera-Pacem e de Achém, e das suas relações com os Portugueses (1500-1580)*, Lisboa, 1999.
- <sup>99</sup> *De orbis situ ac descriptione*, Amberes, 1525 (pero en el texto se alude a un descubrimiento hecho en 1526, como ya vio H. Harrisse, *The Discovery of North America*, reimpr. Amsterdam, 1969, p. 551):

"Deprehendi certè in opere Cosmographico duarum linearum concursu, exortiuæ et æquinoctialis, locum et insulam nomine Samotram... Sitne hic Paradisi locus alii uiderint, cum Sacra Scriptura huic opinioni in totum repugnet". Manejo la edición de Amberes de 1565, que conozco gracias al Prof. D. López-Cañete.

<sup>100</sup> *Peregrinatio Ioan. Hesei ab urbe Hierusalem intituta et per Indiam, Aethiopiam aliasque quasdam remotas mundi nationes ducta*. El volumen, que no está foliado, contiene además del viaje falso las cartas del Preste Juan y pasajes de Alberico de Trois Fontaines, de San Isidoro, etc.: parece un prodigio que se publicara ese centón trasnochado a esas alturas, que sin embargo agradó mucho a su editor, Nicolás Mamerano, cuando lo encontró en un viaje a las Ardenas.

<sup>101</sup> *Origenes Antwerpianae sive Cimmericorum Becceselana nouem libros complexa*, Amberes, 1569, p. 481ss. Cf. Maluenda, cap. XVI (p. 40ss.).

<sup>102</sup> Estuvo en Yuste (cf. p. 489, donde se encuentra una expresa mención de Jarandilla). Sobre su profesión de médico cf. p. 578.

<sup>103</sup> *Ludovici Fidelis Neruij, Theologiae professoris, de mundi structura opusculum*, París, 1556, p. 188ss. Los argumentos en que basa su aserto son los siguientes: el Paraíso no ha sido encontrado nunca, luego no existe como lugar específico. Los animales, creados antes que el Paraíso, no fueron expulsados de él. El resto de la tierra, de haber sido el Edén una parte de ella, no hubiese sido de ningún provecho para Adán antes del pecado, aunque el mundo había sido creado en su servicio. Claro es que el teólogo tuvo que reconocer que en algún sitio concreto hubo de vivir Adán, allí donde se encontraban los árboles de la vida y del conocimiento del bien y del mal; pero después del pecado ese lugar desapareció y cambió la faz de la tierra, convirtiéndose el jardín de las delicias en un valle de lágrimas: la expulsión no es más que un símbolo de la pérdida del dominio que ejercía el hombre sobre la tierra. Es muy probable, a mi juicio, que Becano conociera el libro de Fedeli.

<sup>104</sup> En efecto, una antigua tradición hebrea, no aducida por Goropio, afirmaba que el árbol de la ciencia había sido una higuera (casi también Ioh. Damasc. *De fide* II 11 [PG 94, c. 913]; cf. B. Perer, III 2, 2 [p. 316]; a Lapide, I, p. 88 a; Dillmann, *Die Genesis*, p. 73; según Diego García de Campos [*Planeta*, p. 237], el árbol en cuestión habría sido el *citrum*). Después se identificó esta higuera con la higuera de la India, es decir, el banano, a cuyo fruto se le buscó un simbolismo especial. Como dice Mandeville (7 [II, p. 254]), "si vous les coupez par my en plusieurs parties au trauers, tousiours ou moieu la figure de la crois apparra". Lo mismo refirieron Breidebach (f. 149r) de las presuntas 'manzanas' "musi o musas" y Affagart (p. 56) del árbol llamado *moussez* o *pomme de Addam*; *musa* es como llaman los árabes al banano, conocidos asimismo bajo este nombre (*mouses*) por Belon (p. 279, 282) y la botánica de la época. Otro tanto dijo en la India, como se desprende claramente del apartado que dedica Anania al gran río Ganges, "pieno di gran copia di *mose*, che gli è una sorte d'alberi che affermano molti Hebrei e Arabi essere il pomo in che peccò Adamo; e pare piu verisimile questo che altro pomo per la suavità del frutto" (p. 253, cf. p. 121).

<sup>105</sup> Según Goropio (p. 507), el nombre de Fisón le fue dado al más caudaloso Ganges por multiplicar a los hombres; otra vez se está pensando en una relación etimológica con el griego.

<sup>106</sup> Entre el Aquesines y el Hidaspes se extendía el reino de Poro, como recuerda Goropio (p. 484).

<sup>107</sup> *De Paradiso uoluptatis, quem Scriptura Sacra Genesis secundo et tertio capite describit commentarius*, Romae (ex typographia Alfonsi Ciacconi, apud Carolum Vullietum, 1605).

<sup>108</sup> Así, como Santo Tomás, empieza por asentar que el Paraíso es primeramente un lugar corpóreo, aduciendo en prueba tres argumentos: la palabra del Señor, que compara la vega del Jordán con la belleza del Paraíso del Señor (Gen. 13, 10); la descripción del Génesis y la opinión casi unánime de los Padres de la Iglesia (Teófilo de Antioquía, San Metodio obispo de Olimpo, San Ambrosio, San Jerónimo, San Epifanio, San Juan Crisóstomo, San Agustín y el VI Concilio de Constantinopla, acción 13). No se puede aceptar, por tanto, el parecer de Filón, Orígenes y algunas sectas heréticas, como la de los valentinianos, que vieron en el Paraíso una alegoría. Al libro de Maluenda, que quiere ser tomista, lo pierde su erudición, excesivamente barroca.



- <sup>109</sup> Por esa razón, arguye (p. 53ss.), se reza mirando a Oriente, según había observado ya San Juan Damasceno (*De fide ort.* IV 13 [PG 94, c.1136]). Esta interpretación, que vuelve a repetir León Pinelo (I, p. 29), remonta en realidad a Basilio el Grande.
- <sup>110</sup> *Primeira parte da Historia dos Religiosos da Companhia de Jesus*, IX 3 (Coimbra, 1962, III, p. 26).
- <sup>111</sup> *Paradise Lost*, IX 1.100ss.
- <sup>112</sup> *Paradise Lost*, IV 211ss. La identificación del fruto prohibido con el plátano fue defendida todavía en el s. XIX por algunos biblistas como Tuch (cf. Dillmann, *Die Genesis*, p. 74). Al costear el lago Victoria Nianza se encontró Stanley con aborígenes vestidos sólo con hojas de banano, atuendo “which appeared to me to resemble in its exceeding primitiveness the fig-leaf costume of Adam and Eve” (*Through the Dark Continent*, Londres, 1899 [Dover Publ., Nueva York, 1988], I, p. 133).
- <sup>113</sup> La metáfora de la madre y los hijos, ausente de los textos griegos que describen el árbol, me parece estar tomada de Goropio Becano: “Quod perspicuè notant caudices, matrem in orbe circumstantes” (*Origines Antwerpianae*, p. 501). Igualmente creo que imita Milton otro pasaje de Goropio: “constat arborem in medio Paradisi plantatam ficum fuisse, at non nostratem... Haec igitur illa ficus fuit Indica, non nostra” (*ibidem*, p. 492).
- <sup>114</sup> De ello se burló con gracejo Goropio Becano: “Ad eius [río de las Amazonas] ripas cum nihil fere narratu dignum inuenissent, praeter famem extremam et insuperabiles siluarum asperitates commodum accidit, ut Amazonas occurrerent, a quibus longa et taediosa nauigatio acciperet condimentum... Nihil igitur contra has nostri saeculi Amazonas dicam, sed si sint, ut esse non credo, cum auctore suo fabuloso lubenter sinam ualere, praesertim cum ab iis, qui illa loca diligentissime perscrutati, didicerim nec Amazones nec Gigantes ullos in America inueniri” (*Origines Antwerpianae*, p. 892).
- <sup>115</sup> Agustín de Zárate, *Historia del Perú*, I 10 (*BAE* 26, p. 471 a), cf. Pedro de Cieza de León, *Crónica del Perú*, 103 (*BAE* 26, p. 445 b).
- <sup>116</sup> Agustín de Zárate, *Historia del Perú*, VII 10 (p. 571 a), cf. Pedro de Cieza de León, *Crónica del Perú*, 83 (*BAE* 26, p. 431 b).
- <sup>117</sup> Lo mismo le contaron a Goropio Becano los hombres que habían estado en Brasil “in arce Scetorum [¿Sanctorum, i.e., Santos?]” (*Origines Antwerpianae*, pp. 506-07)
- <sup>118</sup> *Historia natural y moral de las Indias*, II 6 (Sevilla, 1590, p. 95).
- <sup>119</sup> *Ibidem*, II 14, p. 113.
- <sup>120</sup> *Corónica moralizada del Orden de San Agustín en el Perú*, p. 67. Antes había ponderado Calancha la grandeza del río de Orellana, pero sin añadir otro comentario (*ibidem*, p. 50ss.).
- <sup>121</sup> Cf. la cuidada edición de H. Méchoulan y Gérard Nahon, Madrid (Hiperión), 1987.
- <sup>122</sup> Cf. la introducción de Porras Barranechea, p. XIX.
- <sup>123</sup> A juicio de Raleigh (*The Discovery of Guiana*, Londres, 1596 [reimpr. 1968], p. 28), “one of the renowned riuers in all the west Indies, and numbred among the great riuers of the world”.
- <sup>124</sup> La explicación de que la espada llameante fuese la Zona Tórrida, como había sostenido Tertuliano, según hemos visto, no se podía mantener ya en el s. XVI. Como observa Antonio de Torquemada, “Nicolao de Lira lo entiende differentemente, diziendo que la Tórrida zona es la espada de fuego que tenía el Seraphin, que por causa de su gran calor no se podía passar por ella; pero esto ya va fuera, según en nuestro tiempo por experiencia se ha visto” (*Jardín de flores curiosas*, ff. 87v-88r).
- <sup>125</sup> El misterio de la granadilla estaba entonces muy de moda: a él había aludido también A. de la Calancha, *Corónica moralizada del Orden de San Agustín en el Perú*, I 9, p. 57.
- <sup>126</sup> *The Discovery of Guiana*, p. 70 y p. 17 respectivamente.
- <sup>127</sup> *A Relation of the Second Voyage to Guiana*, Londres, 1596.
- <sup>128</sup> *The Discovery of Guiana*, pp. 94-95.
- <sup>129</sup> Cf. lo que anotó en su *Diario* el 27 de noviembre de 1492: “hasta oy de toda mi gente no auido persona que le aya mal la cabeça ni estado en cama por dolencia, salvo un viejo de dolor de piedra” (Doc. II, p. 147).

- <sup>130</sup> Así escribió en 1608/1609: “El temperamento y bondad del aire es, señor, tal cual se ve... en que, siendo los nuestros todos extranjeros, ninguno cayó enfermo” (*Memorial* 23, 6 en P. Fernández de Quiros. *Memoriales de las Indias Australes*, ed. de O. Pinochet, Madrid, 1990, p. 200).
- <sup>131</sup> Cf. Claud. Mar. Vict. *Aleth.* 228 (PL 61, c. 943), Alcim. Auit. *Poem.* I 193 (PL 59, 328), Dracont. *De laud. Dei* I 185 (p. 32 Vollmer). Todos los tratadistas insisten en la misma cualidad: *non ibi frigus, non aestus, sed perpetua aeris temperies* (Isid. *Etyim.* XIV 3, 2 = Mart. Legion. *Serm.* 7 [PL 208, c. 580], éste último escribiendo –muy significativamente– *ueris* por *aeris*, como el ms. T de las *Etimologías*); *est ibi semper estas temperata et uer eternum* (Benedeit, *Navig. Sancti Brandani* [edición de A. de Nascimento, *Navegação de S. Brandão nas fontes portuguesas medievais*, Lisboa, 1998, p. 189]); allí hace “primavera sempre”, al decir de Dante (*Purgatorio*, 28. 143).
- <sup>132</sup> *História da Missão dos Padres Capuchinos na Ilha do Maranhão*, traducida por S. Milliet, São Paulo, 1945, especialmente los caps. 35-37 (p. 152ss.).
- <sup>133</sup> *Ibidem*, cap. 37, p. 165.
- <sup>134</sup> Hakluyt, IV, p. 47. Su autor, empapado en lecturas clásicas, no perdió la ocasión de hacer una larga digresión sobre el elefante, incluyendo su lucha con el dragón (p. 56), o sobre los pueblos de África conocidos por Plinio (p. 57ss.).
- <sup>135</sup> Hakluyt, IV, p. 66ss. En su primera relación Towrson muestra un inusitado interés por la lengua.
- <sup>136</sup> Hakluyt, IV, p. 139ss.
- <sup>137</sup> Hakluyt, IV, p. 35.
- <sup>138</sup> Hakluyt, IV, p. 291ss.
- <sup>139</sup> El Gambia era llamado también “rio de Cantor” en los primeros tiempos de los portugueses (cf. *O codice Valentim Fernandes*, ed. de A. Baião, Lisboa, 1940, p. 75). Después venía el río y el reino de Casamansa (*O codice Valentim Fernandes*, p. 82; D. Pacheco Pereira, *Esmeraldo*, I 30 [p. 89]).
- <sup>140</sup> *The Golden Trade*, Londres, 1623. En 1591 R. Rainolds y Th. Dassell habían hecho un viaje a los ríos de Senegal y “Gambra” (Hakluyt, V, p. 44ss.), donde, según dice, había muchos españoles y portugueses (p. 51).
- <sup>141</sup> *Verdadeira informação das terras do Preste João das Indias*, cap. 136 (ed. de A. Reis Machado, Lisboa, 1943, pp. 360-61). Sobre la sustancial aportación de los portugueses al conocimiento de Etiopía cf. el excelente estudio de M<sup>a</sup> E. Madeira Santos, *Viagens de exploração terrestre dos portugueses em Africa*, Lisboa, 1988, p. 109ss.
- <sup>142</sup> *Dos feitos de D. Christovam da Gama*, XXII (ed. de F. M<sup>a</sup> Esteves Pereira, Lisboa, 1898, p. 57) y sobre todo XXV (p. 64).
- <sup>143</sup> *História da Etiópia*, cap. XXXVI (Oporto, 1945, I, p. 214ss.).
- <sup>144</sup> *História da Etiópia*, cap. XXIV (I, p. 207).
- <sup>145</sup> *Itinerário e outros escritos inéditos*, ed. de M. Gonçalves da Costa, Barcelos, 1971, p. 441ss.
- <sup>146</sup> *História geral de Etiópia-a-Alta*, I 9 (ed. de A. de Magalhães Basto, Oporto, 1936, p. 39). La primera edición se publicó en Coimbra en 1660.
- <sup>147</sup> Cf. los autores citados por Maluenda, cap. XV, p. 38ss.
- <sup>148</sup> *Berosi chaldaei sacerdotis reliquorumque consimilis argumenti autorum de antiquitate Italiae ac totius orbis*, Lyon, 1555, p. 72.
- <sup>149</sup> *Cosmopoeia*, cap. 2: “Nos autem hunc locum Deo adiuuante, si non fallimur, reperimus, inuenientes eum esse prope Charan. Charan autem est nundinarium Arabiae iuxta Euphraten” (*Augustini Steuchi Eugubini, episcopi Kisami, apostolicae sedis bibliothecarii, opera quae extant omnia*, Parisiis, 1578, f. 41v-42r, 57r y especialmente para los ríos f. 62ss., 107ss.).
- <sup>150</sup> “Eden regio est non procul ab Haran urbe Mesopotamiae, ut colligitur ex .27. cap. Ezechielis; ex qua regione fluuii egrediebantur, qui confluebant ad irrigandum hortum, ad quem, quum peruenerant, omnes riuuli conficiebant quatuor amnes. Paradisus iste uoluptatis uidetur procul dubio fuisse in confinibus Arabiae Orientalis et Mesopotamiae quae irrigua est et fluminibus abundat” (*Biblia Sacra cum duplici translatione et scholiis Francisci Vatabli*, Salamanca, 1584, f. 2v).

- <sup>151</sup> *Commentaria in Mōsi Pentateuchum*, Amberes, 1569, f. 8r b Edén es un nombre propio y no dista mucho de Charan; advierte la unión de Edén, Assur y Charan; se inclina a pensar que el Geón y el Fisón sean afluentes, pero deja algún resquicio a la identificación del Fisón con el Ganges.
- <sup>152</sup> *Chronographiae libri quatuor*, París, 1580, p. 4 (“paradisus uoluptatis in Eden Mesopotamiae regione”), aceptando sin embargo la identificación tradicional de los dos ríos con el Ganges y el Nilo.
- <sup>153</sup> *Jardín de flores curiosas*, f. 86r.
- <sup>154</sup> *Iacobi Naclanti Clugiensis episcopi operum tomus primus*, Venecia, 1567, p. 487, 507. A su opinión se acuesta fray Juan de Pineda, *Monarchia ecclesiástica*, Barcelona, 1594, I 1, 4 (f. 19v): “Del sitio del Paraíso dizen muchos que estuvo al Oriente, mas yo con Eugubino y con Nanclato y con Ciruelo diría que estuvo en Palestina cerca de Damasco, o poco más oriental en Mesopotamia”.
- <sup>155</sup> *Physica speculatio*, Salamanca, 1573, p. 224ss. (“Speculatio XV utrum Paradisus terrestris uere et realiter sit in partibus Orientis”). El religioso, catedrático de prima de Teología en la Universidad de México y buen conocedor al parecer de la Cosmografía –formó parte de la junta que se reunió en Madrid en 1567 para determinar si las Filipinas caían dentro de la demarcación de España o no (*ibidem*, p. 223), conoció a personas que habían llegado hasta el estrecho de Magallanes.
- <sup>156</sup> Fue Palacio un hombre de vasta curiosidad que, por su estancia en Portugal, había leído a Juan de Barros (lo cita al hablar de Mailapur en su *In duodecim prophetas quos minores uocant commentarius pius et doctus*, Villa Verde dos Francos, 1581, p. 121); sorprendentemente, sólo publicó sus obras bajo el reinado del cardenal D. Enrique. De Granada, su ciudad natal, se acordó tanto en este comentario (p. 107) como en el del *Eclesiástico* (p. 128).
- <sup>157</sup> *In Ecclesiasticum commentarius pius et doctus*, Villa Verde dos Francos, 1581, p. 143 (“Memor sum legisse me in Auicenna et in eius explanatore Alpago in regione Corasena (seu Carasena, quae non longe distat a Persia), esse fluuium Nilo multo maiorem qui uocatur Geon. Quem Arabes uno consensu dicunt eum unum esse ex quattuor illis fluuiis Paradysi”). Esta identificación del Geón con el Amu-Darya causó suma perplejidad a Maluenda (cap. 47, p. 139).
- <sup>158</sup> *Prior tomus commentariorum et disputationum in Genesim*, Lugduni, 1590. Todo el libro tercero está consagrado al Paraíso (pp. 281-345)
- <sup>159</sup> Se reducen fundamentalmente a dos: que “oriental” en la Biblia designa a regiones situadas más acá del Golfo Pérsico, con lo que queda excluida la India (p. 287), y que el Paraíso no está separado de las demás tierras ni se eleva a gran altura (p. 295ss.)
- <sup>160</sup> También según Fr. Delitzsch (*Wo lag das Paradies*, Leipzig, 1881), los jardines del Edén (= Mesopotamia) serían la región aldeaña a Babilonia: la magia del nombre se resiste a morir.
- <sup>161</sup> La distancia entre ambos era menor de 200 estadios según Estrabón (746).
- <sup>162</sup> “Intendiamo... che [il Paradiso] sia apresso all’Assiria, onde hanno il fonte l’Eufrate e il Tigri, e che il Fison e il Geon non siano il Nilo ne il Gange, ma sotto questi nomi altri fiumi vicini, intendendo per l’Ethiopia una parte d’Arabia donde fu la moglie di Mosè e per Chauila non l’India, ma Chavena, che sino due regioni propinque insieme” (p. 210).
- <sup>163</sup> Al localizar el Paraíso en la confluencia del Tigris y el Eufrates, el jesuita identifica el Fisón con el Fasis, el Pasitigris (añadido al comentario de A Lapede, I, pp. 83-84).
- <sup>164</sup> *De situ Paradisi terrestres*, Utrecht, 1726 (cf. Dillmann, *Die Genesis*, p. 61).
- <sup>165</sup> Me sirvo de la traducción latina de J. D. Mansi: *Commentarius literalis in omnes libros Veteris et Noui Testamenti*, I 1, August. Vind.-Würzburg, 1755, p. 22ss.
- <sup>166</sup> Utilizo la edición de Garnier-Flammarion, París, 1964: “Calmet, qui a beaucoup compilé, et qui n’a raisonné jamais” (p.138); “cet imbécile de dom Calmet justifie et canonise toutes ces actions qui feraient frémir d’horreur si elles n’étaient pas incroyables” (p. 159); “le bon Calmet ou dom Calmet (car les bénédictins veulent qu’on leur donne du nom), ce naïf compilateur de tant de rêveries et imbecillités” (p. 245).
- <sup>167</sup> *Thomas Coryate, Travailer fort the English Wits and the Good of this Kingdom: to all his Inferiour Countrymen, Greeting... From the Court of the Great Mogul, Residente at the Towne of Asmere, in*

*the Eastern India*, printed by W. Iaggard and Henry Fetherston, 1616, p. 11. A su juicio, el Paraíso se elevó en otro tiempo en Babilonia (p. 22).

<sup>168</sup> En Ramusio, VI, p. 1018ss.

<sup>169</sup> *The Voyage of M. Ralph Fitch* (Hakluyt, III, p. 283). El inglés silencia también el origen paradisiaco del “mightie river Ganges” (*ibidem*, p. 291).

<sup>170</sup> *Andanzas asiáticas*, ed. de E. Stols, B. Tensma y J. Werberckmoes, Madrid, 1990, p. 211ss. y p. 321 respectivamente.

<sup>171</sup> *Relaciones de Pedro Teixeira del origen, descendencia y successión de los reyes de Persia y de Harmuz y de un viage hecho por el mismo autor dende la India Oriental hasta Italia por tierra*, Madrid, 1994, p. 396ss. Los canales del Eufrates traen sin embargo a su memoria un versículo del Salmo 64, 10 (p. 401).

<sup>172</sup> *Relação do novo caminho da India para Portugal*, Lisboa, 1974, p. 140. Heredia se limita a señalar que el Eufrates causa “cursos de sangre”; sorprendentemente, al jesuita no le dice nada que el Diala, afluente del Tigris, sea llamado “Fizão” por los musulmanes (*ibidem*, p. 145).

<sup>173</sup> *Summa Theol.*, Prima pars, quaest. 102, art. 1 3 (p. 619).

<sup>174</sup> *Physica speculatio*, pp. 225-26. Éste, como se recordará, era uno de los argumentos de L. Fedeli para negar la existencia del Paraíso como un lugar determinado de la tierra.

<sup>175</sup> *De temporibus nouissimis libri IV*, Roma, 1590, p. 34: “de Paradiso terrestri, quantumuis marium et terrarum obeatur, nemo situm aut locum potest edicere”.

<sup>176</sup> Cf. sobre todo sus tratados *Sobre la Creación y sobre el Génesis*.

<sup>177</sup> *De princ.* 4. 16.

<sup>178</sup> *Jacobi Naclanti operum tomus primus*, p. 509. Que los ríos del Paraíso representan la gracia divina es una idea que se encuentra ya en el *Chasteau d'Amour* de Roberto Grosseteste (cf. Patch, p. 189).

<sup>179</sup> *Apologia pro Serveto Villanovano de anima mundi siue de ea natura quae omnino necessaria est et habenda est media inter aeternam immobilemque et creatam mobilemque estque consubstantialiter in ipso Christo, sicuti est etiam habenda, contra aspergines et praecipitatum Calvinii in hac causam iudicium* (debo el conocimiento de esta obra, todavía manuscrita, al prof. F. Socas; quede aquí constancia de mi más profundo agradecimiento).

<sup>180</sup> La conocemos por la relación de un fraile inserta en la *Historia de los indios de la Nueva España* de Motolinía, I 15, 151ss. de la edición de E. O’Gorman (Colección “Sepan cuantos...” nº 129, México, 1979, p. 65ss.).

<sup>181</sup> Así, por ejemplo, la representación del Paraíso celebrando la entrada en Londres de Enrique VI en 1432 (Patch, p. 198).

<sup>182</sup> En las descripciones de Colón se aúna por lo general la dulzura del aroma caribeño con el ameno gorjeo de los pájaros (recuérdese que el cantar de un ave había suspendido durante una eternidad a San Amaro). Señalo ejemplos de su viaje a Cuba en 1494: “des<can>samos allí en esta yerva con estas fuentes y al holor de las flores, que allí se sentía maravilloso, y a la dulçura del cantar de los paxaricos, tan suave y de tantos, y a la sombra d’estas grandes palmas y fermosísimas” (p. 297); “en todas partes el holor de los árboles y flores y el cantar de los paxaricos, que era cosa maravillosa” (p. 297); “<el> suavísimo olor que de la tierra venía y el cantar de los paxaricos” (p. 299).

BIBLIOGRAFÍA CITADA ABREVIADAMENTE

- ABU Hamid al-Garnati, *Al-Murib an bad ayaib al-Magrib (Elogio de algunas maravillas del Magrib)*, introducción, edición y traducción por Ingrid Bejarano, Madrid, 1991.
- TUHFAT al-Albab (*el regalo de los espíritus*), presentación, traducción y notas por Ana Ramos, Madrid, 1990.
- ACOSTA, José de. *De temporibus nouissimis libri IV*, Roma, 1590.
- AFFAGART, Greffin, *Relation de Terre Sainte (1533-1534)*, París, 1902 (ed. J. Chavanon).
- ALFONSO de la Vera Cruz, *Jardín de flores curiosas, en que se tratan algunas cuestiones de Humanidad, Philosophia, Theologia y Geographia, con otras cosas curiosas y apazibles*, Salamanca, 1577.
- ANANIA, Giov. Lorenzo, *L'universale fabrica del mondo, overo Cosmografia*, Venecia, 1582.
- D'ANGLURE, Ogier, *Voyage de Jherusalem* en A. Pauphilet, *Jeux et Sapience du Moyen Âge*,
- ASÍN Palacios, Miguel. *La escatología musulmana en la Divina Comedia*, Madrid, 1961.
- AZURARA, Gomes Eanes de. *Crónica dos feitos de Guiné*, ed. Dias Dinis, Lisboa, 1949.
- BARTHOLOMAEUS Anglicus, *De proprietatibus rerum*, Heidelberg, 1488.
- BECANUS, Ioannes Goropius. *Origenes Antwerpianae sive Cimmericorum Becceselana nouem libros complexa*, Amberes, 1569.
- BELON, Pedro. *Voyage au Lévant (1553)*, ed. de A. Merle, París, 2001.
- AL-BIRUNI. *Al-Beruni's India*, ed. de E. C. Sachau (reimpr. Delhi).
- COLÓN, Cristóbal, cf. C. Varela-J. Gil, *Cristobal Colón. Textos y documentos completos*, ed. de C. Varela; *Nuevas cartas*, ed. de J. Gil, Madrid, 1992.
- GIL, Juan. *En demanda del Gran Kan. Viajes a Mongolia en el siglo XIII*, Madrid, Alianza Editorial, 1993.
- GIL, Juan. *La India y el Catay. Textos de la Antigüedad clásica y del Medievo occidental*, Madrid, Alianza, 1995.
- GONZÁLEZ de Clavijo, Ruy. *Embajada a Tamorlán*, ed. de F. López Estrada, Madrid, 1943.
- HAKLUYT, Richard. *The Principal Navigations, Voyages, Traffiques and Discoveries of the English Nation*, edición de E. Rhys en la Everyman's Library.
- IBN Battuta, *A través del Islam*, traducción de S. Fanjul y F. Arbós, Madrid, 1981.
- LAPIDE, Cornelius a. *Commentaria in Scripturam Sacram*, editio nova, Parisiis, 1868.
- LEÓN Pinelo, Antonio. *El Paraíso en el Nuevo Mundo. Comentario apologético, Historia Natural y Peregrina de las Indias Occidentales, islas de Tierra Firme del mar Océano*, publicado por Raúl Porras Barrenechea, Lima, 1943.
- MALUENDA, Tomás de. *De Paradiso uoluptatis, quem Scriptura Sacra Genesis secundo et tertio capite describit commentarius*, Romae, 1605.
- MANDEVILLE, Juan de. *Mandeville's Travels. Texts and Translations*, ed. de M. Letts, Londres, 1953.
- PATCH, Howard R. *El Otro Mundo en la Literatura Medieval*, traducción de M. Rosa Lida de Malkiel, México, 1956.
- PERERIUS, Benedictus. *Prior tomus commentariorum et disputationum in Genesim*, Lugduni, 1590.
- PILOTI, Emmanuel. *Traité d'Emmanuel Piloti sur le Passage en Terre Sainte (1420)*, ed. de P.H. Dopp, Lovaina-Paris, 1958.
- RAMUSIO, Giovanni Battista. *Navigazioni e viaggi*, ed. de M. Milanese, Einaudi, Turín, 1994.
- SANCTUS Thomas. *Summa theologica*, ed. E. Fretté-P. Maré, París, 1882.
- VAN den Wyngaert, Anastasius. *Sinica Franciscana. I. Itinera et relationes fratrum minorum saeculi XIII et XIV*, Quaracchi, Florencia, 1929.

---

ABSTRACT: In this article is analyzed how the European expansion, from its very beginning, exercised a great influence on the quest and localization of the Earthly Paradise, and vice versa, how the nature of the new found lands by the Europeans in the XV and XVI centuries was seen and interpreted through the tradition of the Bible and the Classic authors.

KEY-WORDS: Paradise, Bible Tradition, Classical Tradition, European expansion.

---